



**Universidad**  
Zaragoza

## Trabajo Fin de Máster

El desarrollo de la caballería europea y su reflejo en la  
Corona de Aragón a través de las crónicas de Muntaner y  
Pedro IV

The development of european chivalry and its reflection  
on the Crown of Aragón through the chronicles of  
Muntaner and Peter IV

Autor

GIOVANNI PUCCINI LECOMPTE

Director

ESTEBAN SARASA SÁNCHEZ

Facultad de Filosofía y Letras  
2019



## **Agradecimientos**

A mi familia y amigos

Al director de este trabajo

## Índice

Resumen.....	01
Abstract.....	01
Introducción y metodología.....	02
1. El desarrollo de la caballería.....	05
1.1 La entrega de armas y el servicio militar.....	06
1.2 Armas, territorio y poder económico.....	06
1.3 Nobleza, monarquía y honores.....	07
1.4 La mesnada.....	09
1.5 Generalización de honores y creación estamental.....	10
1.6 Profesionalización y juegos caballerescos.....	10
1.7 Cristalización del orden social de la caballería y el papel de los heraldos.....	11
1.8 El cambio de paradigma del siglo XIII.....	13
2. El ideal caballeresco.....	14
2.1 Ritos de paso y entregas de armas.....	14
2.2 Ideología de clase y capital simbólico.....	15
2.3 Caballería y feudalismo.....	16
2.4 El ceremonial cortesano.....	17
2.5 Cultura y caballería, caballería y cultura.....	18
2.6 Las virtudes del caballero.....	20
2.7 Caballería y literatura.....	21
2.8 Espejos de la caballería.....	21
2.9 Los «pobres compañeros» y las consecuencias de la <i>largesse</i> .....	23
3. Aragón y la caballería.....	25
3.1 El <i>Libro de los hechos</i> .....	26
3.2 Las <i>Ordinaciones de la Casa Real de Aragón</i> .....	27
3.3 La <i>Crónica de Ramón Muntaner</i> .....	27
3.4 La <i>Crónica de Pedro IV</i> .....	28
3.5 Presencia caballeresca en la Casa Real y el Consejo Real.....	29
3.6 La Mesnada real y la hueste.....	31
3.7 Los ordenamientos caballerescos en las crónicas de Muntaner y Pedro IV.....	33
3.8 Hechos de armas y aventuras caballerescas.....	34
Conclusiones.....	36
Bibliografía.....	38
Documentación inédita.....	39

# **El desarrollo de la caballería europea y su reflejo en la Corona de Aragón a través de las crónicas de Muntaner y Pedro IV**

**RESUMEN:** El desarrollo de la caballería en Europa ha seguido un proceso complejo y duradero que ha llevado a la formación de un orden ideológico propio y característico de una clase social que se convertiría en el icono de la Edad Media. A lo largo de las siguientes páginas intentaremos explorar este desarrollo y su reflejo en el territorio de la Corona de Aragón a través del recurso a las crónicas de Muntaner y Pedro IV, dos de los documentos de mayor importancia del legado aragonés.

**Palabras Clave:** Aragón, Caballería, Edad Media, Ideología

**ABSTRACT:** The development of chivalry in Europe has followed a lengthy and complex process that has led to the formation of a characteristic ideological order peculiar to a social class that would become the icon of the Middle Ages. Throughout the following pages we will try to explore this development and its reflection in the Crown of Aragón's territory through the resource to the chronicles of Muntaner and Peter IV, two of the most important documents of the aragonese legacy.

**Keywords:** Aragon, Chivalry, Middle Ages, Ideology

## **Introducción y metodología**

Desde su surgimiento, el tema de la caballería siempre ha tenido el poder de evocar la imaginación de cualquiera que se enfrente a él, sea como lector, espectador, investigador o de cualquier otro modo. Esta capacidad se debe no en poca medida a la relevancia que ha tenido históricamente a la hora de ayudar a construir la identidad del ideario occidental, actuando como germen legendario de un sistema de valores que perdura en cierto modo incluso hasta nuestros días, ya desfigurado a través de una evolución milenaria, pero aún reconocible en determinados aspectos, como la cortesía que caracteriza al individuo «caballeroso» o el valor que se espera que muestre un soldado ante situaciones de peligro.

Este no ha sido, por supuesto, el único factor que ha jugado a favor de esta capacidad inusual de la que hace gala el tema de la caballería, pero es en sí mismo suficiente para justificar la enorme cantidad de obras literarias, televisivas, cinematográficas, publicitarias y académicas que se han desarrollado en torno al tema y que continuarán, sin duda alguna, explorándolo a lo largo de los tiempos venideros.

El estudio académico de la caballería no es nuevo, y ha contado ya con contribuciones muy importantes que han marcado la manera que se tiene de entenderlo, bien sea a través de estudios dedicados, como los de las obras *Caballeros y caballería en la Edad Media* de Jean Flori o *La caballería* de Maurice Keen, o bien por medio de estudios de carácter más general como *El otoño de la Edad Media* de Johan Huizinga o *Los tres órdenes o lo imaginario del feudalismo* de Georges Duby, por citar algunos ejemplos de especial relevancia. También ha sido estudiada a través de géneros como la biografía, sirviéndonos de ejemplo el caso de *Guillermo el mariscal*, también de este último autor, y ha sido analizada en relación con otros elementos de la sociedad feudal, como ocurre en obras como *War, Justice and Public Order*, de Richard Kaeuper; en relación a las estructuras sociales del periodo, como ocurría en *La aristocracia medieval* de Joseph Morsel; o a través de casos históricos concretos, como es el caso del libro *Caballeros del rey: nobleza y guerra en el reinado de Alfonso el Magnánimo*, escrito por Jorge Saíz Serrano.

Se han escrito, del mismo modo, numerosos artículos que tratan directa o indirectamente del tema, como varios de los publicados en la revista *Past and Present*, entre los que podemos destacar a modo de ejemplo el artículo de Sally Harvey titulado *The Knight and the Knight's Fee in England*, en el que exploraba la situación del caballero en el paso del siglo XII al XIII a través de los registros de propiedad de la tierra para determinar su capacidad económica, así como infinidad de obras de

diversos enfoques que han contribuido a enriquecer y ensanchar el foco de estudio de esta interesante cuestión.

El simple interés suscitado por este tema justificaría ya de sobra la realización de un nuevo trabajo para explorar en profundidad este concepto, y es esto precisamente lo que nos proponemos a lo largo de las siguientes páginas. El punto de interés de este escrito radica, sin embargo, en aplicar el conocimiento del ámbito caballeresco desarrollado en la historiografía contemporánea a dos obras de importancia histórica para el caso aragonés como puedan ser la *Crónica de Ramón Muntaner* y la *Crónica de Pedro IV*.

Mi interés personal en las cuatro grandes crónicas aragonesas se remonta al final de mi primera etapa de formación, cuando abordé la crónica de Jaime I, el *Libro de los hechos*, para la realización de un primer proyecto de trabajo final de grado que demostró ser, como ocurre a menudo, más complicado de lo que parecía a primera vista. De aquélla experiencia obtuve un notable gusto por la lectura de esta clase de documentos y una familiaridad con el caso aragonés que probaría ser de utilidad en el presente documento, de modo que abordé con entusiasmo la labor cuando recibí la propuesta de continuar trabajando con estas fuentes desde un punto de vista alternativo.

El objetivo de las siguientes páginas no es otro que poner en relación las categorías de la ideología caballeresca derivadas de la investigación académica en este campo y las actitudes descritas a lo largo de ambas crónicas, permitiendo así realizar un esbozo de la situación de la caballería en el periodo bajomedieval aragonés en lo relativo a su alcance y plasmación como faceta del panorama europeo. A tal efecto se ha optado por una metodología basada en dos fases principales, correspondiendo la primera de estas a la lectura, comparación y armonización de los distintos modelos de desarrollo que se han propuesto para el ideal caballeresco en su conjunto, aunque prestando atención a la Plena y Baja Edad Media como periodo de referencia.

La segunda fase ha consistido en la lectura sistemática de las crónicas escogidas a la luz de la teoría de la caballería antes dilucidada, buscando ejemplos, relaciones y diferencias que permitieran encajar el caso del Aragón medieval en el contexto europeo más amplio en el que se basan dichos modelos. Finalmente, cumplidos estos dos objetivos, se ha recurrido a una fase adicional de refuerzo de los ejemplos así estudiados a través de fuentes documentales con las que matizar el alcance de estas ideas en la sociedad aragonesa, pues no debemos olvidar que las crónicas de Muntaner y Pedro IV, al igual que la de Jaime I, son documentos interesados a mayor gloria de la Casa de Aragón. Así, estos han sido utilizados en la medida de lo posible para mostrar el

alcance de las ideas de caballería en la sociedad aragonesa por fuera del enfoque interpretativo de las crónicas, aunque siempre en relación con estas al tratarse del objeto de estudio principal del presente trabajo. Así, se ha recurrido a documentación inédita en algún caso para buscar visiones alternativas en las que aparezca reflejada la relación del monarca con el estamento de la caballería de forma directa o indirecta, como en el caso de determinados elementos del ritual feudal que son asumidos por el estamento caballeresco y podrían delatar su presencia (si bien no aportarían más datos sobre si los individuos en cuestión han recibido formalmente la orden de caballería o no), como es el caso del homenaje.

En este sentido, y de acuerdo con Maurice Keen, es importante considerar que la caballería empieza su declive a partir del siglo XIV debido a un escaso interés por parte de los hidalgos (es decir, aquéllas personas con la posibilidad de recibir la orden de caballería) en acceder a dicho honor debido al gasto excesivo que venía aparejado a la condición de caballero gracias al énfasis desmedido en la virtud de la *largesse*<sup>1</sup>. Teniendo en cuenta estas consideraciones y atendiendo al escaso rigor con que se consignan los rangos y honores de los diversos personajes en las crónicas estudiadas, es necesario recurrir a métodos de verificación indirectos para constatar la presencia y ausencia de caballeros cuando sea posible. Desafortunadamente, la documentación disponible padece los mismos inconvenientes que en el caso de las crónicas, pero al aumentar el muestreo documental pueden hallarse evidencias indirectas de la pervivencia de la caballería en sentido amplio, al asociarse elementos del ceremonial feudal y cortesano (como el acto de homenaje), con los personajes que aparecen en las crónicas como guerreros, y también evidencias directas en sentido estricto gracias a algunas menciones explícitas a la condición de caballero de determinados personajes, en caso de encontrarlas.

Así, el presente trabajo queda configurado en tres bloques principales, dedicado el primero a poner en contexto la formación de la caballería desde un punto de vista histórico y social, el segundo al análisis del desarrollo del ideal caballeresco y su influencia en el mundo medieval y el tercero centrado en el caso aragonés y su relación con la caballería. Estos tres bloques se dividen a su vez en apartados temáticos para facilitar la lectura, y están acompañados por abundantes ejemplos extraídos fundamentalmente de las crónicas objeto de este estudio para contribuir así a un mayor entendimiento de los puntos planteados en esta introducción.

---

1 Riquer, Elvira e Isabel de (trads.), Keen, Maurice, *La caballería*, Barcelona: Ariel, 1986, p. 193.



## **1. El desarrollo de la caballería**

El concepto de la caballería, tal y como aparece en la Plena Edad Media, bebe de dos tradiciones anteriores que configuran la base sobre la que se desarrollará el constructo social caballeresco a partir de los siglos XII y XIII. Cada una de estas ideas aporta elementos fundamentales que se entremezclan formando una única amalgama de la que partirán los diversos elementos que compondrán la idea del caballero en su sentido amplio, tanto para la Edad Media como para épocas posteriores.

Los primeros de estos elementos nacen con la barbarización del imperio romano. La desaparición de las instituciones de la Roma imperial no es un proceso inmediato ni homogéneo, y la tradición militar centrada en el legionario termina por generalizarse y amplía así su significado, cristalizado en el término “*miles*” que denomina por extensión a la idea general de soldado. Estos soldados seguían a determinados líderes capaces de garantizarles sustento y botín, eventualmente configurándose en un núcleo estable de poder en torno a dichos personajes, pero su ideal teórico era fundamentalmente marcial y no desprovisto en origen de un cierto carácter mercenario que encontraría su contrapunto en el ideal germánico<sup>2</sup>.

La tradición militar germánica, integrada en la romana debido al alistamiento masivo de este pueblo para la defensa del imperio, conformaría el otro pilar fundacional de la futura idea de caballería, y estaría fuertemente marcada por la idea de jefatura y determinados aspectos formales que luego serían de gran importancia para la construcción del ideal caballeresco<sup>3</sup>. Como se desprende de la lectura de las obras de Maurice Keen y Jean Flori al respecto de esta cuestión<sup>4</sup>, el principal elemento a destacar por parte de la herencia germánica en el estudio que nos atañe es la idea subyacente de fidelidad derivada de la estructura de jefatura. Mientras que el mundo romano había devenido en una serie de jefaturas en conflicto a nivel práctico, su concepción ideológica era muy diferente y se apoyaba en las ideas de orden y estado. Los lazos con los que operaban las jefaturas germánicas, por su parte, partían de un componente mucho más primario, la lealtad personal debida al caudillo y al clan. Como explica Flori, estas ideas permanecieron incluso al entrar a formar parte de la legión romana<sup>5</sup>. Si bien es cierto que la paga y el botín jugaban un papel importante en las relaciones de los guerreros germánicos con sus jefes, pues un buen jefe debía

---

2 González, Godofredo (trad.), Flori, Jean, *Caballeros y caballería en la Edad Media*, Barcelona: Paidós Ibérica, 2001, pp. 15-25.

3 González (trad.), Flori, *op. cit.*, pp. 22-25.

4 Nos referimos a las obras ya citadas de ambos autores.

5 González (trad.), Flori, *op. cit.*, pp. 16-22.

demostrar su generosidad para con sus hombres (concepto que resultará de especial relevancia más adelante) y su habilidad para conducirles a un aumento de las riquezas, en la base de la relación se encontraba un vínculo de dependencia mucho más marcado que en el caso del *miles*, como se desprende, por poner un ejemplo, de la entrega de armas, como veremos a continuación.

### 1.1 La entrega de armas y el servicio militar

Para un guerrero germánico, a diferencia de un *miles* típico, la entrada al servicio de un jefe como hombre de armas estaba marcada, precisamente, por la entrega de las armas con las que debía de servirle una vez aceptado entre los hombres de su casa<sup>6</sup>. Esta entrega era entendida como un don por parte del jefe, y debía por tanto ser correspondida por un contradón que el guerrero, mucho más pobre e incapaz de proporcionarse su propio equipo, debía traducir en una deuda de servicio hacia su nuevo líder.

Ya en el caso del *miles*, pero muy especialmente en el del guerrero germánico, era el servicio al jefe lo que legitimaba el uso de la fuerza para la consecución de cualquier fin. La legitimidad del jefe podía provenir de diversas fuentes que no discutiremos aquí en profundidad, pero lo relevante es que se transmitía verticalmente a quienes luchaban en su nombre, quedando así justificadas las acciones de estos en nombre de aquélla legitimidad, del mismo modo que ocurriría más adelante con la nobleza altomedieval<sup>7</sup>.

### 1.2 Armas, territorio y poder económico

Como es evidente, el ejercicio de las armas se traducía en una presión directa sobre la sociedad y el territorio, y las justificaciones teóricas de legitimidad podían ser fabricadas *ex post facto* para satisfacer formalmente una necesidad de coherencia social que podía ser fácilmente vulnerada ante la ausencia de una autoridad central fuerte<sup>8</sup>. Lo interesante de este proceso, sin embargo, es la persistencia de ideas precedentes, que terminarían por asimilarse en una forma diferente a las nuevas realidades a las que se enfrentaban.

---

<sup>6</sup> *Ibidem*, pp. 26 y 39.

<sup>7</sup> Para más información a este respecto véase Miranda, Fermín (trad.), Morsel, Joseph, *La aristocracia medieval. El dominio social en Occidente (siglos V-XV)*, Valencia: Publicacions de la Universitat de València, 2008, pp. 62-66.

<sup>8</sup> Kaeuper, Richard W., *War, Justice and Public Order. England and France in the Later Middle Ages*, New York: Oxford University Press, 1988, pp. 184-199.

Así, la idea de *imperium*, que pronto se fundiría con la de *auctoritas* y otros conceptos del ámbito romano, terminaría siendo aplicada a nivel práctico por parte de los caudillos, que se convertirían en señores efectivos del territorio bajo su control, estableciendo ámbitos jurisdiccionales propios en los que se arrogarían todos los derechos de la aristocracia y el estado romanos. La continuidad de estas situaciones terminaría por equiparar en la ideología social de la Alta Edad Media los conceptos ya citados con la tenencia efectiva de la tierra, paradigma que no se rompería hasta el cambio económico introducido por la banca y el capitalismo, ya en la Edad Moderna.

Hasta la llegada de dicho momento, sin embargo, el poder económico se asociaba ideológica y fundamentalmente a la tenencia de la tierra pese al constante desarrollo del comercio y el progresivo empoderamiento de la incipiente burguesía, que a lo largo del periodo medieval conseguiría amasar notables fortunas, pero en un momento en el que la ideología de clase constreñiría ya sus posibilidades de ascenso<sup>9</sup>. La realidad es que hasta bien avanzado el medievo la tenencia de la tierra se traducía directamente en capacidad económica y autoridad, convirtiéndose en el fundamento principal y necesario para el desarrollo de la fuerza militar.

### 1.3 Nobleza, monarquía y honores

El proceso que hemos venido estudiando hasta ahora tuvo un papel fundamental en la configuración de la nobleza aristocrática como clase dominante del medievo<sup>10</sup>, pero también vino a condicionar el desarrollo de las primeras monarquías, que a menudo pretendían arrogarse la legitimidad derivada de la continuidad romana, y que tuvieron que consolidarse como poderes más o menos dominantes en el seno de este maremágnum de nuevos señores que fundamentaban su poder en la posesión de una tierra con la que sostener a sus ejércitos.

Para conseguir esta tarea, las incipientes monarquías debieron recurrir a herramientas de prestigio que garantizaran una preeminencia, por mínima que fuese, sobre sus rivales nobiliarios. Dejando al margen los pormenores de la consolidación del poder regio, una de las principales herramientas utilizadas para este fin atañe directamente a la presente exégesis de la caballería. Nos referimos, por supuesto, a la concesión de honores.

---

9 Existen varios ejemplos, como el caso de individuos notables del calibre de Datini, o de grupos económicamente potentes, como el ejemplo proporcionado por los integrantes del gremio de *velluters* de Valencia, cuyos ingresos individuales podían superar fácilmente las rentas de un caballero, como se desprende de Navarro Espinach, Germán, *Art de Velluters. El privilegio del rey Fernando el Católico [Valencia, 13 de Octubre de 1479]*, Valencia: Colegio del Arte Mayor de la Seda, 2017.

10 Kaeuper, *op. cit.*, pp. 184-199.

La estrategia real en torno a los honores demostró ser un recurso efectivo para mantener un relativo control sobre las fuerzas de la nobleza a través del enaltecimiento del servicio por medio de una recompensa definida. Los honores, que en un principio se concedían en favor de un individuo y garantizaban el dominio de este sobre un ámbito de poder determinado en calidad de vasallo del monarca, fueron poco a poco convirtiéndose en hereditarios para las capas superiores de la nobleza, que con la tenencia legítima (una vez más, a través del servicio, en este caso al rey) y permanente de la tierra fueron capaces de reproducir el modelo y recompensar a su vez con honores a sus servidores inmediatos, a saber, los caballeros, hecho que fue contrarrestado por la monarquía imponiendo la relación de vasallaje vertical, vinculando así a todos los guerreros de forma indirecta a su propio servicio<sup>11</sup>. Las crónicas de Muntaner y Pedro IV, al igual que la de Jaime I, proporcionan abundantes casos de este tipo de concesiones a la nobleza y los caballeros por parte de un rey o señor, entre los que podemos destacar, por poner sólo un ejemplo, el del propio Ramón Muntaner al recibir la capitanía de la isla de Gerba de manos del rey de Sicilia<sup>12</sup>.

Para el caballero, la tenencia de la tierra adquiría ahora un doble matiz. Por un lado, la concesión de un honor por parte de su señor repercutía en la forma en que se modelaba su vínculo con aquél, acercándolo cada vez más a la relación entre el guerrero germánico y su jefe, aunque predominase la visión del caballero como *miles*. Por otra parte, el poder derivado de la tenencia en feudo de una tierra se traducía ahora en la necesidad de costearse por medio de aquélla sus propios suministros y armas para la guerra, e incluso cubrir las necesidades de los hombres de armas a su servicio<sup>13</sup>, contribuyendo así a desdibujar los límites entre la nobleza y los guerreros que habían de servirla<sup>14</sup>. Así, continuando con el ejemplo anterior, una de las primeras preocupaciones de Muntaner al recibir la capitanía de Gerba es, precisamente, la de asegurar los suministros de los soldados que ahora estarán bajo su mando<sup>15</sup>.

Esta estructura contribuía a formar un ejército en permanente servicio a un noble determinado, que en teoría debía su lealtad a otro en una jerarquización vertical que culminaría en la figura del rey. En la práctica, sin embargo, las lealtades personales solían limitarse al ámbito del señor natural de cada feudatario, constituyéndose así varios núcleos de poder que en un momento de ruptura podían chocar unos con otros, haciendo especialmente importante el vínculo directo entre el

---

11 Miranda (trad.), Morsel, *op. cit.*, pp. 66-69.

12 Vidal Jove, J. F. (trad.), Muntaner, Ramón, *Crónica de Ramón Muntaner*, Madrid: Alianza, 1970, p. 516.

13 Un ejemplo de este punto puede observarse en varios de los artículos compilados en Hilton, R. H. (ed.), *Peasants, Knights and Heretics*, Cambridge: Cambridge University Press, 1976.

14 Este es un tema recurrente que aparece mencionado a lo largo de diversos apartados en la práctica totalidad de las obras de apoyo citadas en el presente escrito, por lo que se ha optado por prescindir de una cita concreta en este punto.

15 Vidal (trad.), Muntaner, *op. cit.*, p. 517.

*miles* y su superior inmediato, pues este podía definir, en última instancia, las fuerzas de un bando ante un conflicto determinado, como puede apreciarse en diversos puntos de las crónicas, pero con particular claridad en los eventos relacionados con la Unión Aragonesa durante el reinado de Pedro IV<sup>16</sup>, conflicto en el que la lealtad cambiante de los nobles y caballeros juega un papel fundamental. Así, los *milites* más allegados a cada señor terminarían conformando un núcleo permanente que, en la práctica, determinaría la fuerza inmediata de la que podría disponer dicho señor, si bien esta podía aumentar luego al recurrir a otros feudatarios localizados más abajo en la cadena de lealtades.

#### 1.4 La mesnada

Por supuesto, no todos los caballeros adquirirían acceso a tierras o eran tenidos en la proximidad de su señor, pues ambos casos implicaban un gasto de recursos. Al avanzar hacia la Plena y Baja Edad Media los *milites* más pobres verían sus opciones cada vez más limitadas y la mayoría perderían o no serían capaces de acceder a la condición de caballeros al no poder permitirse los elevados costes asociados con dicho estatus<sup>17</sup>. Mientras los caballeros más ricos afrontarían los gastos cada vez mayores gracias a las tierras en su posesión, los más humildes se verían en su mayoría privados del estatuto militar, si bien algunos pasarían a depender directamente del señor feudal, que sufragaría los gastos de su equipo y coste de vida a cambio de servicio, cayendo nuevamente en la estela de la tradición germánica. Estos caballeros, que en palabras de Jean Flori, “son a la vez hombres fuertes (guardaespaldas) y guerreros, vinculados a su «patrón» por obligaciones estrictas reforzadas mediante un juramento, [...] se mezclan en la «casa» de los poderosos (*familia*, más tarde se llamará «mesnada») [...] enviados de jóvenes a estas «cortes» para su formación, educación y alimentación (*nutriti*), en aprendizaje, a cambio de un servicio honorable”<sup>18</sup>, naturalmente adquirirían un mayor grado de proximidad con el señor debido a la deuda contraída y la cercanía de la convivencia, pasando a formar parte permanente de aquél núcleo de poder antes mencionado y que, como ya se ha adelantado, adquirirá la denominación de mesnada.

Como es natural, la pertenencia a la mesnada, como fundamento principal de la fuerza del señor, se asociará rápidamente con un importante peso político en la gestión del territorio. A consecuencia, pronto será difícil de controlar de forma directa sin la intervención de un refuerzo

---

16 Bofarul, Antonio de (trad.), Aragón, Pedro IV de, *Crónica de Pedro IV*, Barcelona: Imprenta de Alberto Frexas, 1850, pp. 250-292.

17 Harvey, Sally, “The Knight and the Knight's Fee in England”, En Hilton, *op. cit.*, pp. 133-173.

18 Gonzáles (trad.), Flori, *op. cit.*, p. 39.

ideológico, lo que causará, una vez más, el recurso a la estrategia feudal de la concesión de honores para garantizar la lealtad de la clase guerrera.

### 1.5 Generalización de honores y creación estamental

En la práctica, la generalización de los honores, que al principio sólo eran percibidos por la nobleza, terminó por diluir las diferencias entre los estratos más bajos de estas y los *milites* de los que se servían, dando pie al nacimiento de un amplio estrato de nobleza inferior en la que se enmarcaría funcionalmente el caballero<sup>19</sup>, al menos entre los siglos XIII y XIV. Este proceso se vio acompañado del surgimiento de honores cortesanos que no iban asociados a la tenencia de tierra, pero que se instituyeron como posiciones de autoridad y prestigio al jugar papeles importantes en la administración del reino a través del Consejo Real y la Casa Real o de la relación directa con el monarca, lo cual implicaba una influencia notable<sup>20</sup>. Dichos honores, especialmente los relacionados con la Casa Real, eran dispensados principalmente a miembros de la nobleza inferior, con algunas excepciones, como veremos más adelante para algunos cargos del Consejo Real.

Así, la obtención de honores por parte de los integrantes de la mesnada pasaría pronto a tasarse en torno a la calidad del servicio de los caballeros en los ejercicios de armas en pos de los intereses de su señor, lo que generaría un aire de competencia que vendría a reforzar el papel del constante entrenamiento para la guerra, en la que se desarrollaba, teóricamente, dicho servicio<sup>21</sup>.

### 1.6 Profesionalización y juegos caballerescos

La aceptación social de esta realidad pronto generó un interés adicional en el ejercicio de las armas por parte de los caballeros que deseaban medrar al servicio de un señor, o incluso llamar la atención de uno para garantizarse un puesto en el orden naciente. De este modo la distinción en la lucha se convertirá en el principal objetivo de la caballería, lo que obligó a habilitar un espacio

---

19 Ver nota 11.

20 Podemos ver varios ejemplos de estos honores a lo largo de las crónicas de Jaime I y Pedro IV. La *Crónica de Pedro IV*, en particular, nos ofrece multitud de casos como el de Ot de Montcada, padrino del rey (nombrado en la p. 57), Ximeno Cornel, gobernador de Aragón durante un corto periodo de tiempo (pp. 59-60), Lope de Luna, mayordomo (p. 83), Lope de Urrea y Pedro Dantist, porteros del rey (p. 87), Nicolás de Taiça, camarero (p. 96), apareciendo todos ellos antes del conflicto con el rey de Mallorca. Esta clase de honores continúan haciendo apariciones hasta el final del libro, pero son menos frecuentes en la *Crónica de Ramón Muntaner*, presumiblemente debido al mayor distanciamiento de su autor con respecto a los pormenores de la organización de la corte. Pese a ello, aparecen en varios puntos y algunos de ellos son muy destacados, como el nombramiento de Roger de Lauria como almirante de Aragón, al que dedica el capítulo 76 (pp. 151-155).

21 Riquer (trads.), Keen, *op. cit.*, p. 43.

social orientado a dicha actividad para servir al doble propósito de actuar como válvula de escape para para las presiones de los jóvenes *milites* y facilitar el entrenamiento en las destrezas necesarias para el desarrollo de su actividad principal, la guerra, en tiempos de paz<sup>22</sup>.

Nacerían así las competiciones de armas, la justa y el torneo (a las que hay que añadir otros juegos de carácter más local, como las tablas en el caso ibérico), cuya práctica se convertiría en todo un símbolo de clase del estamento caballeresco y se constataría como una práctica generalizada en Europa a partir del siglo XII<sup>23</sup>. Como puede suponerse, ambos elementos alcanzarían un papel de gran importancia en la cultura medieval europea, permitiendo a los *milites* adquirir experiencia en combate a través de los simulacros de guerra, y en efecto riquezas una vez se comienzan a aplicar a estos encuentros las reglas propias de los conflictos bélicos, incluyendo la petición de rescate<sup>24</sup>. La *Crónica de Ramón Muntaner* es la que consigna más casos de este tipo de juegos, apareciendo reflejados, por ejemplo, en los capítulos 3<sup>25</sup>, 23<sup>26</sup>, 37<sup>27</sup>, 140<sup>28</sup>, 155<sup>29</sup>, 166<sup>30</sup>, 179<sup>31</sup> o 296<sup>32</sup>, por nombrar los más relevantes.

### 1.7 Cristalización del orden social de la caballería y el papel de los heraldos

Todos estos elementos confluían hacia la formación de una estructura social definida que dominaría las relaciones nobiliarias y bélicas durante la Baja Edad Media. El punto de cristalización de la cultura caballeresca podría situarse hacia comienzos del siglo XIII, cuando la sucesiva influencia de los factores ya mencionados se desarrollaría en una progresiva profesionalización del oficio caballeresco y el surgimiento de unas estructuras ideológicas capaces de definir una clase propia que analizaremos en el segundo bloque de este trabajo.

Hasta este momento, los *milites* de menos fortuna que a duras penas eran capaces de costearse el equipo podían complementar sus ingresos recurriendo a otros trabajos, practicando la guerra de forma estacional y dedicando el resto del tiempo a labores de otro tipo. La introducción del estribo y las nuevas formas de utilización de la lanza, sin embargo, requerían una dedicación

---

22 *Ibidem*, pp. 115-138.

23 Gonzáles (trad.), Flori, *op. cit.*, p. 135.

24 Riquer (trads.), Keen, *op. cit.*, pp. 115-138.

25 Vidal (trad.), Muntaner, *op. cit.*, p. 151.

26 *Ibidem*, pp. 57-58.

27 *Ibid.*, p. 85.

28 *Ibid.*, pp. 309-310.

29 *Ibid.*, pp. 330-331.

30 *Ibid.*, p. 347.

31 *Ibid.*, pp. 370-372.

32 *Ibid.*, p. 617.

constante al ejercicio militar<sup>33</sup>, lo que los puso en una situación comprometida. Su panorama empeoró a medida que se acrecentó la popularidad del torneo y empezaron a aparecer nuevas reglas que restringían el acceso a los mismos en función del linaje. Los protagonistas de este nuevo giro serían los heraldos, cuya actuación contribuiría enormemente a la creación de una mentalidad de clase al dotar al caballero de una distinción social específica ligada a su herencia y posesiones, siguiendo la línea de la nobleza<sup>34</sup>. Desafortunadamente no queda prácticamente ninguna consigna de este proceso en las crónicas estudiadas, si bien la actuación de los heraldos como garantes de las normas se presupone en este tipo de eventos.

El heraldo adquiriría, pues, un papel fundamental a la hora de configurar la imagen de clase de la caballería, que comenzaría ya a hacerse indistinguible de la baja nobleza y terminaría por componer un estamento propio junto con aquélla, como evidencia el texto de las *Ordinaciones de la Casa Real de Aragón*<sup>35</sup> de Pedro IV, en el que se hace continua referencia a los caballeros como estamento. La herramienta principal de la que se servirían para tal propósito no sería otra que la regulación de la caballería a través de normas de comportamiento y actuación en el ámbito del torneo<sup>36</sup>.

La labor inicial de los heraldos se centraría en la normativización de la justa y el torneo debida a los constantes incidentes a los que daba pie de continuo dicha actividad. Pronto, sin embargo, se daría un paso más allá y se comenzarían a poner cotas a la participación en los mismos, atendiendo fundamentalmente a criterios de linaje. El desarrollo de estos criterios se fundamentó en la participación en los torneos de sucesivas generaciones de caballeros, culminando en el siglo XIII con listas de linajes que podían ser admitidos en tales actividades en virtud de la participación ancestral de sus predecesores en las mismas<sup>37</sup>. La consecuencia inmediata de este desarrollo fue la efectiva delimitación de la naciente clase social en base a las nuevas restricciones que se imponían ahora en el desempeño de su actividad principal.

---

33 Riquer (trads.), Keen, *op. cit.*, p. 43.

34 *Ibidem*, pp. 168-191.

35 El título completo de la obra consultada es "*Ordinaciones de la Casa Real de Aragón, compiladas en Lemosín por su Rey Don Pedro IV, y Traducidas al castellano de orden del Príncipe D. Carlos... por el protonotario de aquel reino D. Miguel Clemente*", pero debido a la longitud de este hemos optado por abreviarlo como *Ordinaciones* a lo largo de su uso general en el presente escrito.

36 La palabra "torneo" debe entenderse aquí como el combate simulado de grupos de caballeros, habitualmente utilizada en las obras historiográficas relativas a la caballería y en contraposición con la utilización del vocablo que se hace en las crónicas estudiadas en el presente trabajo, en las que no se hace distinción entre el combate simulado y la lucha real entre enemigos en el campo de batalla, sino que se utiliza para designar más bien a cualquier tipo de enfrentamiento multitudinario que involucre fuerzas de caballería.

37 Ver nota 34.



## 1.8 El cambio de paradigma del siglo XIII

Los principales afectados por estas medidas fueron los caballeros vasallos que desempeñaban la guerra como actividad estacional debido a la insuficiencia de ingresos necesarios para poder vivir de las rentas y dedicarse a tiempo completo al arte de la guerra. Fue así como se produjo una separación efectiva entre la naciente clase nobiliaria de la caballería y los antiguos integrantes de los *milites* que no podían afrontar el enorme gasto que suponía la dedicación completa a estas actividades<sup>38</sup>.

Este no fue, sin embargo, el único factor, pues paralelamente a este desarrollo la riqueza iría adquiriendo también un papel preponderante al desenfocarse cada vez más el marco ideológico de referencia de esta clase en ciernes, hasta el punto de convertirse en una limitación práctica además de social, como veremos más adelante.

Volviendo un momento la atención al panorama europeo podemos encontrar un claro ejemplo en el caso inglés, tal y como se explica en las cadenas de artículos publicados en la revista *Past and Present* por Joan Thirsk, J. Z. Titow, P. D. A. Harvey, Ian Kershaw, Sally Harvey, y R. H. Hilton, que ayudan enormemente a ilustrar la situación descrita más arriba con datos concretos y muy bien estudiados, por lo que remito a su lectura al lector interesado en un ejemplo concreto de esta evolución<sup>39</sup>.

En definitiva, el paso del siglo XII al XIII vino acompañado de un cambio profundo que afectó a las filas del campesinado y la baja nobleza al dividirse entre estos dos grupos los representantes de la caballería. Como hemos explicado ya, aquéllos que demasiado pobres para afrontar los nuevos gastos que suponía la continuación de la actividad militar perdieron su condición de *miles* y se integraron en las capas altas del campesinado y la burguesía, mientras que los más ricos se fusionaron con la pequeña nobleza, que se arrogó también el manto de la caballería, y juntos pasaron a conformar un nuevo estamento que se iría definiendo en torno a los ideales de la orden de caballería.

---

38 Harvey, Sally, "The Knight and the Knight's Fee in England", En Hilton, *op. cit.*, pp. 133-173.

39 Estos artículos han sido compilados Hilton, *op. cit.*

## **2. El ideal caballeresco**

Paralelamente al desarrollo social de la caballería, que hemos venido estudiando en las páginas precedentes, el surgimiento de esta nueva clase vino marcado también por un sustancial proceso ideológico que se imbricó completamente con el cambio socioeconómico, proporcionándole así a la incipiente clase caballeresca un pilar sociocultural de referencia con el que justificar sus diversos cambios evolutivos. De especial importancia para las páginas de este trabajo en lo que a dicho proceso ideológico se refiere resulta el desarrollo de un orden simbólico propio que cristaliza en una liturgia y un ceremonial característico del mundo caballeresco.

### **2.1 Ritos de paso y entregas de armas**

Tal vez la parte más fundamental de esta liturgia radica en la ceremonia de ordenación que popularmente se asocia con la entrada al mundo caballeresco mediante ritos relacionados con la entrega de las armas. Como hemos visto anteriormente, existía ya una cierta costumbre germánica de entrega de armas por parte de un señor a su nuevo vasallo. El peso de dicha ceremonia estaba centrado en torno al juramento previo por parte del vasallo<sup>40</sup>, así como al don proporcionado por el jefe al conceder el equipo al nuevo guerrero, percibido de este modo debido al importante precio del mismo, más que por la simbología que podía encerrar. Muy distante queda esta costumbre, sin embargo, de la auténtica ceremonia de ordenación que se popularizó a partir de la Plena Edad Media, y el motivo se debe a un desarrollo histórico de la misma que ha de ponerse en relación con la politización del concepto de caballería.

Hemos mencionado con anterioridad como el aumento del peso político de los componentes de la mesnada nobiliaria contribuyó a la generalización del sistema de honores y tenencias desdibujando los límites entre la caballería y la nobleza como clase social. Sin embargo, el proceso de politización de la clase guerrera se desarrollaría también en el frente ideológico en el marco de la querrela de las investiduras.

El conflicto político-religioso entre el papado y la administración temporal, encabezada por la figura del emperador, se extendería a todos los ámbitos de la cristiandad y afectaría de forma irreversible el ideal caballeresco al proporcionarle un antecedente que terminaría actuando como embrión del trasfondo ideológico que faltaba a la entrega de armas germánica para transformarse en la ceremonia de ordenación caballeresca.

---

40 Gonzáles (trad.), Flori, *op. cit.*, p. 39.

La pugna entre la autoridad eclesiástica y la civil exigía determinar la lealtad de los *miles* frente a la otra parte, materia en que el papado se encontraba inicialmente en desventaja. La principal estrategia para revertir esta situación vendría con la idea de Cruzada, a través de la cual se pondría al *miles* directamente al servicio de Dios por mediación de la Iglesia en una tarea digna de Su gloria: la recuperación de los santos lugares. La Iglesia, por supuesto, tenía un particular interés en afianzar todo lo posible esta relación de obediencia, de modo que desarrollaron una nueva liturgia en torno a la ceremonia germánica de entrega de armas.

Así, al tomar la cruz el *miles* prestaba juramento a la usanza germánica, pero a su vez recibía ahora la *benedictio ensis*, una bendición ritual de su espada<sup>41</sup> que desde el punto de vista práctico perseguía causar un impacto psicológico sobre el guerrero para garantizar un recuerdo perdurable del juramento prestado. Desde el punto de vista ideológico, sin embargo, su alcance era mucho más profundo, pues justificaba en el orden divino el empleo de las armas, hecho que más tarde adquiriría su importancia plena al escaparse del ámbito de control eclesiástico, causando así que la idea de caballería cristiana del catolicismo, reflejada en el difundido poema de *La Ordene de Chevalerie*<sup>42</sup>, fuese pronto rebasada por una concepción laica de la caballería que podía aplicarse ya a miembros de otras religiones, como evidencia el *Libro de los hechos* al describir las luchas contra los moros, en las que se hacen varias alusiones a los caballeros de aquél bando, o en episodios como el relatado por Muntaner en el capítulo 226<sup>43</sup>, en el que se describen los últimos momentos de un alano que es denominado caballero pese a que probablemente profesaría la fe islámica o la ortodoxa.

## 2.2 Ideología de clase y capital simbólico

El incipiente laicismo de la caballería se veía patrocinado por el predominio de la lucha montada, que contribuyó a asociar el concepto de *ordo equestre* romano<sup>44</sup>, asimilado a la nobleza altomedieval, con la del *miles*, que ahora comenzaba a aparecer en relación con la baja nobleza mientras se iba afianzando su situación social. El resultado pronto desbordó los límites de la clasificación y se materializó haciendo aparecer a la caballería como un orden en el plano ideológico, lo que llevó a la aparición de una simbología propia que se fue popularizando por medio de la literatura y la promoción nobiliaria de estos conceptos, que patrocinados por la nobleza contribuían a contrarrestar el ideal de cruzado que la Iglesia se había dedicado a difundir. La

---

41 Más al respecto en Keen, *op. cit.*, pp. 101-108.

42 *Ibidem*, p. 20-22.

43 Vidal (trad.), Muntaner, *op. cit.*, p. 458.

44 Más información en Gonzáles (trad.), Flori, *op. cit.*, p. 16.

*benedictio ensis*, sin embargo, había calado hondo en la conciencia de los *milites*, y sus señores comprendieron rápidamente la importancia de desarrollar un capital simbólico propio con el que garantizar la pervivencia de su ideal de caballería.

Así, rápidamente se dotó de una nueva simbología independiente de la Iglesia a este ritual de entrega de armas, en el que ahora eran las mismas armas las que tenían un significado propio que se ponía en relación con una mitología laica creada *ex profeso* para la naciente cultura de la caballería a través de los relatos literarios patrocinados por la nobleza y creados a imagen de la nueva clase caballeresca.

Podemos encontrar un claro ejemplo de esta simbología, que tenía interpretaciones diversas que iban convergiendo poco a poco en una serie de ideas comunes, en el *Libro de la Orden de Caballería* publicado por Ramón Llul hacia la segunda mitad del siglo XIII<sup>45</sup>. En efecto, ya en la cuarta parte de la obra, que trata del modo en el que debe armarse al caballero, podemos leer como “el caballero le debe ceñir la espada, para significar castidad y justicia. Y para significar la caridad debe besar al escudero y darle un bofetón, para que se acuerde de lo que promete y de la gran carga a la que se obliga y del gran honor que recibe por la orden de caballería<sup>46</sup>”. En la siguiente parte, sin embargo, tenemos una relación pormenorizada de lo que simbolizan cada una de las piezas de equipo propias de la caballería<sup>47</sup>: la espada, con cada uno de sus filos; la lanza, tanto el hierro como el pendón; el yelmo, la lóriga, las calzas de hierro; las espuelas; la gola; la maza; la misericordia; el escudo; la silla; el caballo; el freno y las riendas; la testera; las guarniciones; el perpuente; el blasón; y si se trata de un rey, príncipe o señor de caballeros, el estandarte. En efecto, varios de estos elementos perviven en las ceremonias de ordenamiento relatadas en las crónicas estudiadas, especialmente en la de Muntaner, que como de costumbre es más prolijo en esta clase de detalles.

## 2.3 Caballería y feudalismo

Otro de los elementos que conformarán la cultura caballeresca en el ámbito ideológico mantiene una estrecha relación con la expansión del sistema de honores y tenencias al estamento de los *milites*. Nos referimos, en efecto, a los componentes ceremoniales del ritual feudal desarrollado paralelamente al proceso que hemos ido analizando a lo largo de estas páginas. Al asimilarse con la capa más baja de la nobleza y participar del sistema vasallático, el *miles* pasaría a estar sujeto a las reglas de comportamiento de dicho estamento, aceptando de este modo la ideología y el ritual

45 Cuenca, Luis Alberto de (trad.), Llul, Ramón, *Libro de la orden de caballería*, Madrid: Alianza, 1986.

46 Cuenca (trad.), Llul, *op. cit.*, 61.

47 *Ibidem*, 65-71.

propio del feudalismo tal y como se había desarrollado a través de las relaciones cortesanas entre la nobleza y el rey.

Una parte fundamental de este ceremonial será la muestra de sumisión vertical, representada por el besamanos, y horizontal, representada por el beso en la boca<sup>48</sup>. Ambos homenajes representan una parte fundamental del ceremonial cortesano y deberán ser realizados por los caballeros ante sus señores como parte de juramentos de fidelidad y vasallaje. La alusión a este tipo de ritual es constante a lo largo de las crónicas estudiadas, llegando incluso a ser realizado por el propio Muntaner, quien besa las manos del rey de Sicilia al recibir la capitania de Gerba<sup>49</sup>. Otros ejemplos los podemos encontrar a través de la documentación real, como en el caso de un documento del rey de Aragón en el que ordena a los feudatarios de Jaime de Mallorca que le presten homenaje<sup>50</sup>.

Tal y como se ha dicho ya, los caballeros eran capaces de acceder ahora a la tenencia de feudos en calidad de vasallos, especialmente a partir del siglo X. En torno al siglo XII acudiríamos a la consolidación de esta costumbre que culminaría en el XIII, cuando se reduciría el número de caballeros al asimilarse ya de forma reconocida a la baja nobleza. Sin embargo, incluso antes de este momento los caballeros estarían ya sujetos a las exigencias del ceremonial de corte y el ritual feudal aplicable a la nobleza durante la obtención de honores y tenencias, pudiendo así reconocerse como miembros de la caballería a aquéllos individuos que, sin formar específicamente parte del estamento nobiliario, realizan a título personal un acto de este tipo al percibir honores de alguien en disposición de otorgárselo, como es una vez más el caso de Muntaner. El cambio de paradigma a partir del siglo XIII reduce en cierto grado la validez de esta relación, pero atendiendo a los criterios esbozados por Charny<sup>51</sup> sigue delatando la existencia de la caballería en sentido amplio, pues sirve para localizar individuos que se atienen a las normas rituales del ámbito cortesano pese a no disponer de un ordenamiento formal en las filas de la orden de caballería. Desafortunadamente, la línea divisoria entre los caballeros que pertenecían al estamento y los que no resulta difícil de trazar sin información detallada de sus orígenes, dato que no ofrecen las crónicas en la mayoría de los casos a no ser que el linaje revista especial importancia, lo que suele atañer en exclusivo a la alta nobleza.

---

48 Rodríguez-Velasco, Jesús D., *Ciudadanía, soberanía monárquica y caballería. Poética del orden de caballería*, Madrid: Akal, 2009, p. 40.

49 Vidal (trad.), Muntaner, *op. cit.*, p. 516.

50 Del Rey a Andreu Guiter (procurador de Jaime II de Mallorca ?). Le manifiesta que a causa del proceso contra Jaime de Mallorca ha decidido apoderarse de sus feudos y les ordena que le presten homenaje, Archivo de la Corona de Aragón, CANCELLERÍA, Cartas Reales, Pedro III [IV], 2497.

51 Riquer (trads.), Keen, *op. cit.*, pp. 27-28.

## 2.4 El ceremonial cortesano

En cualquier caso, estos rituales no estaban limitados a la formalización de las relaciones de sumisión y dependencia representadas por la ceremonia de homenaje, sino que iban más allá y se convertirían en uno de los lugares comunes del ideal caballeresco. En particular, la idea de amor cortés, también denominada amor fin por su traducción directa del término *fin'amors*<sup>52</sup>, conocería a través de las novelas y cuentos de caballería un desarrollo monumental que se correspondería con su preponderancia en el panorama europeo durante todo el periodo de la Plena y Baja Edad Media.

Existen diversas interpretaciones del amor cortés, tanto actuales como contemporáneas a aquél, por lo general centradas en el alcance y la finalidad del mismo. El objeto del amor cortés sería siempre una mujer casada, lo que conllevaría un riesgo de subversión de la sociedad feudal e invitación al pecado que desataría la censura de algunos monjes. Sin embargo, otros lo interpretarían como un amor de carácter platónico que debía redundar en beneficio del caballero y su dama, si bien nunca llegaría a ser consumado. La realidad seguramente se hallaría en algún punto entre estos dos extremos, con ocasionales casos representativos de cualquiera de ellos y basculaciones generales hacia una u otra posición en función de las modas de cada periodo. Encontramos, sin embargo, estéril ponderar en mayor profundidad sobre este punto debido a la naturaleza de las crónicas sobre las que se pretende aplicar los conceptos aquí explicados, pues aquéllas aparecen centradas casi exclusivamente en el ámbito político-militar y son bastante parcas al tratar de estos temas, encontrándose muy pocos ejemplos explícitos (siendo el más destacable el de Pedro II de Aragón, mencionado en relación con la concepción del rey Jaime I en el capítulo 3 de la Crónica de Ramón Muntaner<sup>53</sup>), y pudiéndose a lo sumo intuir su existencia de forma indirecta en algunos ejemplos (como la relación de Pedro de Jérica con la madrastra del rey, a la que escolta fuera del reino con sus hijos, ganándose la enemistad temporal de aquél<sup>54</sup>, según se describe en la *Crónica de Pedro IV*). Remito, por lo tanto, al lector interesado en profundizar en estas cuestiones a los escritos de Keen, Duby, Flori, Huizinga y Morsel detallados en el apartado bibliográfico.

## 2.5 Cultura y caballería, caballería y cultura

Llegados a este punto, existe un tercer aspecto que debe ser considerado en el proceso de evolución de la idea de caballería. Nos referimos, por supuesto, a la influencia del medio cultural

52 Miranda (trad.), Morsel, *op. cit.*, 176.

53 Vidal (trad.), Muntaner, *op. cit.*, p. 19.

54 Bofarul (trad.), Aragón, *op. cit.*, pp. 87-94.

sobre el desarrollo de este concepto y, al mismo tiempo, los cambios derivados en el entorno cultural a raíz de la evolución de la caballería.

Como se puede deducir de lo que hemos estudiado hasta este momento, el ideal caballeresco es, como ya indicaba Keen<sup>55</sup>, un concepto de difícil aprehensión que va evolucionando a medida que progresa la Edad Media y, de hecho, la Edad Moderna e incluso más allá, y que llegaría a tener suficiente peso como para considerarse una razón válida sobre la que fundamentar decisiones prácticas, como ocurre en el ejemplo que nos da Muntaner del rey Carlos en el capítulo 42, cuando decide no sospechar de la hostilidad del rey de Aragón debido a la buena caballería de aquél<sup>56</sup>.

Como ocurre con cualquier concepto vivo, la caballería afecta a su entorno por medio de las actuaciones de aquéllos que siguen sus preceptos, pero el entorno a su vez actúa sobre estos preceptos a través de la difusión, distorsión y crítica de los mismos, favoreciendo una evolución que puede, en efecto, bascular entre posiciones muy dispares en periodos de tiempo más o menos cortos. Es así como podemos encontrarnos con dos ideas de caballería completamente dispares a principios, por ejemplo, del siglo XII y a finales del XIV, y las diferencias se acentúan mucho más si, saliendo del periodo medieval, avanzamos por la modernidad hasta los siglos XVI o XVII. Para nuestros propósitos en este estudio, sin embargo, basta con centrarnos en el proceso ocurrido entre los siglos X y XIV, que viene marcado principalmente por la confluencia ideológica y material de los elementos descritos en las páginas precedentes.

La consecuencia última de esta conjunción no es otra que el nacimiento de una clase estamental propia definida por la idea de caballería y de pertenencia a un orden militar determinado con unas normas propias y unas conductas específicas que son entendidas como prestigiosas por el conjunto de la sociedad, hasta el punto de que miembros del estamento superior de la alta nobleza deciden participar de las mismas y se arrojan a sí mismos el manto de la caballería, siendo el ejemplo más frecuente en las crónicas estudiadas el de los propios reyes (que reciben a menudo la orden de caballería al tiempo que la corona como ocurrió en los casos de Alfonso III<sup>57</sup> y Alfonso IV, descrito por Muntaner en la última parte de su crónica), si bien existen varios casos de condes, vizcondes, duques y otros miembros del estamento nobiliario que son ordenados, descritos o se comportan como caballeros a lo largo de ambos textos.

---

55 Riquer (trads.), Keen, *op. cit.*, pp. 13-14.

56 Vidal (trad.), Muntaner, *op. cit.*, p. 93.

57 Blancas y Tomás, Jerónimo de, *Coronaciones de los Serenissimos Reyes de Aragón*, Zaragoza: Edición Facsímile, 2006, p. 21 (facsímile).

## 2.6 Las virtudes del caballero

Una de las razones de este éxito vendría de la mano de una visión de prestigio basada en el desarrollo de una serie de virtudes que se asociaban con la figura del caballero y lograban sintetizar los ideales y métodos de clase en una serie de cualidades que podían ser cultivadas por medio de una vida caballeresca. Estas virtudes podían variar de un momento a otro o según su autor, pero por lo general incluían la cortesía, la lealtad, el vigor, la *franchise* y la *largesse*<sup>58</sup>. De la mano de esta última vendrán grandes cambios para la caballería, pues como veremos más adelante, su aplicación imposibilitará de facto la vida caballeresca salvo para los individuos más ricos. Además, la persecución del ideal caballeresco a toda costa podía resultar en detrimento del caballero, como de hecho ocurrió en varias ocasiones, valiéndonos para nuestro estudio dos ejemplos propuestos por Muntaner, quien narra como falleció Don Corberán de Alet debido a que “en un exceso de valor pensó también en apearse del caballo y subir a pie por la montaña; los turcos que vieron que les seguían detrás, empezaron a disparar su saetas y, por desgracia, una de ellas hirió a Don Corberán, que por el calor y el polvo se había descubierto la cabeza. Y aquí murió, cosa que fue una gran desgracia<sup>59</sup>”, o como sucedió que el hijo del rey Carlos perdió la batalla de Falconara y fue capturado por alterar la estrategia propuesta por su padre al optar por seguir consejos basados en la caballería y el honor<sup>60</sup>.

De cualquier modo, y especialmente a partir del siglo XIII, la caballería habrá adquirido finalmente una configuración de tal prestigio que se verá convertida en la puerta de entrada al estamento nobiliario. Es en este punto en el que, como hemos visto ya, los *milites* quedan, no sólo *de facto*, sino también ideológicamente equiparados a la baja nobleza, de forma que la ceremonia de ordenamiento de la caballería adquiere su máxima significación, pues implica finalmente un cambio material de clase con todos los beneficios que ello conlleva. La caballería queda convertida así en una puerta al ascenso social que podía ser cruzada pese a las crecientes restricciones que pesaban cada vez más para poder recibir dicho honor, tal y como demuestra el testimonio que lega Godofredo de Charny en su *Libro de Caballería*, según explica Maurice Keen<sup>61</sup>.

---

58 Riquer (trads.), Keen, *op. cit.*, pp. 26.

59 Vidal (trad.), Muntaner, *op. cit.*, capítulo 206, p. 426.

60 *Ibidem*, capítulo 192, pp. 393-397.

61 Riquer (trads.), Keen, *op. cit.*, pp. 27-31.



## 2.7 Caballería y literatura

Vale la pena, sin embargo, echar un vistazo más profundo a la influencia de la cultura del periodo en el mundo de la caballería y su peso a la hora de determinar el desarrollo de aquélla. En este sentido, la influencia de los trovadores, escritores de novelas, y aquéllos que promovían su oficio fue probablemente el método de difusión más destacado, si bien existían otros como la pintura o composiciones literarias de otro tipo.

A través de las diversas historias centradas en torno a la caballería se fueron generando modelos del rol caballeresco que calaron hondo en la consciencia europea, ayudando a dotar de mayor definición el ideal de este estamento y definiendo al mismo tiempo el alcance de sus acciones en el mundo. Los más importantes de estos relatos se englobaron en ciclos que venían definidos por el entorno del que trataban, a saber, la Materia de Roma, la Materia de Britania y la Materia de Francia, centradas en reinterpretaciones en clave caballeresca de las biografías de personajes legendarios de probada o dudosa existencia histórica que habían llamado la atención de los narradores y habían sido transformados por éstos en una muestra viva de sus respectivas visiones de la idea de caballería<sup>62</sup>. La difusión de estas historias contribuiría a expandir estas ideas por toda la sociedad europea, pero no se limitaría a estas materias y englobaría también a reinterpretaciones de personajes bíblicos, a personajes contemporáneos de los autores, o a individuos ya fallecidos de interés para éstos, así como a protagonistas completamente ficticios. En particular, la idea de la tabla redonda del rey Arturo tendría un impacto enorme en la cultura europea que se reflejaría en los juegos y festivales caballerescos de todo el continente. Encontramos claro ejemplo de ello en la *Crónica de Pedro IV*, donde se consigna que “el viérnes catorce de enero del año mil trescientos cuarenta y cinco vino por la mañana En Jordan conde de Illa, y nos hizo reverencia en el castillo de Perpiñan; luego sostuvo una justa y con otros de nuestra casa hizo tablas redondas<sup>63</sup>”, o en varios de los ejemplos citados más arriba al mencionar los juegos caballerescos en la *Crónica de Ramón Muntaner*.

Cabe destacar, en todo caso, la figura de Chretien de Troyes, que definiría con su estilo las características principales del género literario fundamental para la popularización del ideal caballeresco: la novela caballeresca. De entre las distintas formas por las que el arte escrito y hablado intentó plasmar la idea de caballería, la novela caballeresca fue la que alcanzó más popularidad y difusión, perdurando incluso hasta nuestros días como género literario. Estas

62 Para más información véase, Salguero Ruíz, Iker, *La ficción caballeresca. El orden de caballería en la literatura medieval (Siglos XII-XIV)*, Trabajo Final de Grado, Universidad de Zaragoza, 2016.

63 Bofarul (trad.), Aragón, *op. cit.*, p. 239.

desarrollaban las aventuras de un caballero protagonista y se servían de aquéllas para propagar los ideales de la caballería por medio de los ejemplos que representaba con sus hazañas y su conducta. No fueron, sin embargo, la única literatura centrada en torno a estas ideas, si bien enlazan con otro tipo de obra a través de la idea del espejo de caballeros.

## 2.8 Espejos de la caballería

El término «espejo de caballeros» hace referencia a un caballero ideal que sintetiza en su persona todas las virtudes que pueden enaltecer al hombre de acuerdo con el ideal de caballería y, al mismo tiempo, no posee ninguno de los defectos en los que podría incurrir, convirtiéndose así en un ejemplo viviente del auténtico significado de la orden de caballería. En este sentido aparece ya reflejado, por ejemplo, en uno de los caballeros de Atila en el *Cantar de los Nibelungos*, compuesto alrededor del siglo XIII<sup>64</sup>. La idea se popularizaría hacia finales del siglo XV dando lugar a un género de manuales en los que se explica el oficio del caballero y que va de la mano de los espejos de príncipes, manuales en los que se explica el oficio del gobernante<sup>65</sup>. En lo que respecta al caso de la caballería tenemos varios antecedentes a lo largo de la Edad Media, si bien los tres más destacados, siguiendo el criterio de Keen, son *La Ordene de Chevalerie*, el *Libro de la Orden de Caballería* de Ramón Llull y el *Libro de Caballería* de Godofredo de Charny<sup>66</sup>.

La primera de estas obras es un poema anónimo en el que se explica, por medio de un artificio narrativo, la ceremonia de ordenación de la caballería y el significado de la misma. El segundo ejemplo corresponde a un completo manual de caballería que cubre todos los ámbitos de la vida del caballero en relación con su orden, y el tercero cumple el mismo propósito<sup>67</sup>, si bien ambos difieren en aspectos fundamentales, como veremos más adelante.

Al margen de estos ejemplos aparecen también otras figuras de autoridad de las que un caballero puede aprender el significado y las formas de la orden de caballería. Un ejemplo que ya hemos citado es el de los personajes literarios que encarnan el ideal caballeresco, como ocurría en el antedicho *Cantar de los Nibelungos* y en una multitud de obras de corte caballeresco, incluyendo diversas versiones del ciclo artúrico (pensemos en Lanzarote antes de su idilio con la reina, o en Perceval o Galahad) o de las materias de Roma (como el caso de Alejandro) y Francia (siendo Roldán el caso más conocido), por nombrar unos pocos ejemplos. Hasta tal punto era importante la

---

64 Lorenzo Criado, Emilio (ed.), *Cantar de los Nibelungos*, Madrid: Cátedra, 1994.

65 Riquer (trads.), Keen, *op. cit.*, p. 32.

66 *Ibidem*, p. 19.

67 *Ibid.*, pp. 19-31.

existencia de estos modelos que se popularizó un pequeño listado de los nueve mejores caballeros de la historia, conocidos como los Nueve de la Fama, quienes por sus hazañas encarnaban todo aquéllo a lo que un caballero debía aspirar<sup>68</sup>.

Los Nueve de la Fama resultan de particular importancia, pues a medida que crecieron en popularidad fueron apareciendo diversas versiones en las que se añadía un décimo miembro, frecuentemente de entre los contemporáneos al autor, así como otras en las que se proporcionaban listas comparativas con caballeros contemporáneos. Ambos tipos de escrito demuestran que había individuos que eran considerados como ejemplos vivientes del ideal de caballería y cuyas hazañas aparecían como enseñanzas dignas de cualquiera deseoso de aprender el oficio. De hecho, y pese a considerar a varios candidatos, el propio Muntaner parece tener a Pedro III por el ejemplo viviente del ideal de caballería, como repite constantemente a lo largo de las primeras partes de su crónica.

## 2.9 Los «pobres compañeros» y las consecuencias de la *largesse*

Pese a todo, la caballería no estaba abierta, en principio, a todo el mundo, y se iría haciendo más restrictiva con el paso del tiempo hasta el punto de la práctica desaparición de los integrantes de la orden en favor de los hidalgos, es decir, aquéllos que según las nuevas normas establecidas por los heraldos a partir del siglo XIII tenían derecho a ser nombrados caballeros<sup>69</sup>. Esto se deberá, principalmente, a la aplicación desmesurada de la virtud de la *largesse*, que en su sentido original se refería a la generosidad por parte de su practicante dentro de la medida de sus posibilidades (forma en la que todavía parece entenderla Pedro IV, tal y como refleja en su discurso a los castellanos durante la Guerra de los dos Pedros<sup>70</sup>), pero que pronto entroncaría con las tradiciones de la jefatura germánica y empezaría a ejercerse como medida de prestigio, provocando rápidamente gastos insostenibles que podrían llevar al practicante a la ruina. Sin embargo, los hidalgos seguirán intentando atenerse en gran medida al modo de vida caballeresco, de lo que la Edad Moderna castellana da amplias muestras, dando así validez histórica a la visión de Charny sobre los «pobres compañeros».

Frente a la opinión sostenida por Ramón Llul, que defendía implícitamente que el estamento de la caballería sólo podía ser accedido por aquéllos que recibían un ordenamiento formal<sup>71</sup>, Godofredo de Charny, autoridad tan respetada como aquél, defendía que esta se extendía también a

---

68 Salguero, *op. cit.*, p. 32.

69 Ver nota 34.

70 Bofarul (trad.), Aragón, *op. cit.*, pp. 362-363.

71 Como se desprende de la lectura de Cuenca (trad.), Llul, *op. cit.*

aquéllos que no habían accedido a dicho honor pero sostenían la caballería por el ejercicio de las armas<sup>72</sup>. Esta idea será de crucial importancia para delimitar la movilidad social a través del acceso a la caballería, pues en ella se apoyarán muchos ordenamientos a individuos que no gozaban de la condición de hidalguía.

Una de las muestras más significativas de que estos se producían viene de la mano de las propias restricciones impuestas por los heraldos a la participación en los torneos, de acuerdo con las cuales un caballero debía ser capaz de probar su nobleza por las cuatro líneas de ascendencia. Aunque existían otras restricciones, lo importante en este punto es que los heraldos reconocían la posibilidad del ennoblecimiento al considerar que un linaje se consideraba caballeresco si los ancestros del mismo habían gozado de la condición de hidalguía durante al menos cuatro generaciones<sup>73</sup>.

El hecho de que los heraldos considerasen implícitamente la posibilidad de adquisición de la caballería por alguien de un linaje innoble da fuerza a la idea de nombrar caballeros en función de la virtud cuando un hombre pruebe poseerla en grado suficiente como para merecer la orden sin considerar su linaje. Del mismo modo, esta concepción dota de sentido la postura de Charny de tener como parte de la caballería a todos los que se dediquen al oficio de la guerra incluso si no han sido ordenados.

Atendiendo a ambos factores no es de extrañar que la caballería pudiera seguir siendo usada como vía de ascenso social incluso después del aumento de las restricciones a partir del siglo XIII, pero como ya hemos visto, el ejercicio de estas virtudes podía dificultarse de acuerdo a la interpretación que se diera a la *largesse*. En cualquier caso, la diferencia de visión en las posturas esbozadas por Llull y Charny van a resultar un factor crucial a la hora de determinar el alcance de la caballería en las crónicas.

---

72 Riquer (trads.), Keen, *op. cit.*, pp. 29-30.

73 Ver nota 34.

### **3. Aragón y la caballería**

Llegados a este punto, resulta necesario hacer una contextualización más profunda del caso aragonés para el periodo medieval. Existe, en primer lugar, una peculiaridad que debe ser considerada para la totalidad de los territorios hispánicos, y es que los reinos cristianos peninsulares eran territorios de frontera con el islam, lo que tuvo una triple consecuencia. En primer lugar, los enfrentamientos armados en estas zonas fueron, en general, más frecuentes que en el resto del occidente europeo, favoreciendo (como hemos aludido más arriba) una visión particular en la que se desdibujaban los límites entre la guerra simulada y la real, tal y como refleja, por ejemplo, la terminología empleada por Muntaner o el propio Pedro IV, que a menudo se refieren a episodios de guerra declarada como «torneos», aún cuando la lucha se lleva a cabo contra enemigos que no pertenecen a la caballería o, siquiera, a la cristiandad; en segundo lugar, la presencia constante de un elemento religioso en estas luchas provocó que el caballero cristiano se viera imbuido en mayor o menor grado del ideal de cruzada, incluso cuando se encontraba al servicio del reino, si bien ello nunca fue óbice para considerar caballero al contrario, aunque fuese un enemigo de la fe. Por último, en tercer lugar, el constante enfrentamiento con enemigos musulmanes que llevaban a cabo un tipo de guerra distinto al de los reinos cristianos del norte favoreció la continuidad de técnicas de lucha más antiguas que, pese a todo, seguían resultando efectivas contra estos adversarios. Ello se refleja, por ejemplo, en la naturaleza de los juegos caballerescos que aparecen descritos en las crónicas, en los que las «tablas», competiciones centradas en el lanzamiento de venablos, dardos y lanzas arrojadizas, tenían preeminencia sobre otras formas de competición más típicas de la caballería europea como pudieran ser las justas o el auténtico torneo.

Un segundo punto a considerar, esta vez para el caso de las crónicas de Muntaner y Pedro IV en particular, es su naturaleza laudatoria, por la que se centra la acción en los hechos del rey de Aragón y su casa más que en los acontecimientos generales del reino en su conjunto. Esto hace necesario recurrir en algunos puntos de su lectura a otras obras de apoyo para contextualizar los eventos, como puedan ser las crónicas de Jerónimo Zurita o de Blancas para comprender en profundidad determinados episodios que ayudan a encuadrar la situación del reino de Aragón en el siglo XIV europeo. En lo tocante a este trabajo, sin embargo, dicho apoyo se reduce a una mínima expresión y sólo toma relevancia en el tema de las coronaciones, como veremos más adelante.

En cualquier caso, la utilización de las crónicas de Muntaner y Pedro IV debe ponerse en antecedentes con respecto al *Libro de los hechos* de Jaime I. El motivo es doble. Por un lado, la

crónica de Jaime el Conquistador establece el modelo que seguirán las cuatro grandes crónicas en cuanto a temática y estructura, y muy especialmente en el caso de la crónica de Pedro IV, en la que también será un antecedente a tener en cuenta para las cuestiones estilísticas. Por otra parte, y en relación con la crónica de Muntaner, esta entronca directamente con aquélla, pues el pereladense narra los acontecimientos en la medida en la que fue consciente de ellos, llevándonos desde el propio Jaime I hasta la coronación de Alfonso IV.

### 3.1 El *Libro de los hechos*

En lo relativo al tema de la caballería, el *Libro de los hechos* nos regala con algunos ejemplos valiosos que ayudan a comparar la situación del Aragón del siglo XIII con el resto de Europa, apareciendo ya la caballería como una institución estable y con claras distinciones frente a otros grupos armados, como puede verse reflejado en su tratamiento a lo largo de la obra. En cuanto a motivos particulares, no aparecen apenas ordenaciones o ejemplos de amor cortés, que puede una vez más imaginarse en determinados contextos pero deben ser probados con otro tipo de fuentes, pero sí hay episodios de interés que hablan de la ideología caballeresca, como el enfrentamiento entre un caballero de la hueste y el rey a raíz de un homicida que había tomado refugio en la tienda del primero y fue sacado forzosamente de ella por Don Jaime, de modo que aquél sintió que se faltaba a su honra pues el convicto había buscado su protección y este le había fallado (pese a saber que era culpable y no estar siquiera en la escena cuando el rey entró a buscarle)<sup>74</sup>, hecho que podría ponerse en relación con una *largesse* que va siendo cada vez más cara de mantener tanto a nivel material como, en este caso, simbólico. La crónica de Jaime I nos proporciona también información bastante detallada de los caballeros al servicio del rey, y este es un punto fundamental, pues los números de caballeros ordenados formalmente y nombrados específicamente (por lo que no tenemos en cuenta, para estas consideraciones, las masas de caballeros sin nombre descritas en las huestes, que bien podrían estar ordenadas o no estarlo) parecen ser algo mayores que los que aparecerán en las crónicas posteriores. Sabemos, sin embargo, que en los tres casos las fuentes no son sistemáticas a la hora de hacer constar el rango específico de cada personaje, pues en determinadas ocasiones aparecen nombrados con el título de caballero individuos que luego figuran sin aquél o viceversa.

---

74 Butiña Jiménez, Julia (trad.), Aragón, Jaime I de, *Libro de los hechos*, Madrid: Gredos, 2003, pp. 373-375.

### 3.2 Las *Ordinaciones de la Casa Real de Aragón*

De más utilidad en este sentido son las pruebas que pueden extraerse de las *Ordinaciones de la Casa Real de Aragón* de Pedro IV, en las que se especifican determinados cargos del Consejo Real y la Casa del Rey que deben ser ocupados por caballeros, si bien en la *Crónica de Pedro IV* no se especifica habitualmente el rango de quienes ocupan tales puestos. El motivo no es otro que la identificación material entre la idea de caballería y el estamento de la baja nobleza (al que, de hecho, se refieren en ocasiones como estamento caballeresco u otras expresiones equivalentes), dejando así claro de forma implícita que la tesis dominante en el medio aragonés era la de Charny, según la cual el ordenamiento sería esencialmente una formalidad. No significa, no obstante, que dicho ritual careciese de importancia, como demuestra la tendencia aragonesa, y en efecto europea, a asociarlo a las ocasiones de mayor renombre (como bodas y coronaciones) para aumentar el prestigio de ambos eventos, hecho que aparece retratado claramente en ambas crónicas, si bien existen también algunos ejemplos de ordenamientos individuales en virtud de otras circunstancias, como los casos de Gonzalvo Díez de Arenós<sup>75</sup>, Jaime de Aragón<sup>76</sup>, Romeo Martínez de Sorita<sup>77</sup>, Elfo o Elso de Próxida y Francisco de Vilarasa<sup>78</sup>, todos ellos de la mano del propio Pedro IV, así como otros relatados por Muntaner, entre los que destacan los de Roger de Lauria y Conrado Lanza<sup>79</sup>, o los de Bonifacio<sup>80</sup> y el duque de Atenas<sup>81</sup> en el capítulo 244.

### 3.3 La *Crónica de Ramón Muntaner*

La *Crónica de Ramón Muntaner* es la más peculiar de las cuatro grandes crónicas, en tanto que se extiende por los reinados de Jaime I el Conquistador, Pedro III el Grande, Alfonso III el Liberal y Jaime II el Justo, finalizando con la coronación de Alfonso IV el Benigno. Al mismo tiempo, cubre los eventos de los reyes de Sicilia, también de la Casa de Aragón; esencialmente Jaime I (más tarde Jaime II de Aragón) y su sucesor Federico II. También es peculiar por un segundo motivo, y es que en un punto se aparta temporalmente de los sucesos de la Casa de Aragón para narrar los hechos de los almogávares que acompañaron a Roger de Flor a Bizancio y los

---

<sup>75</sup> Bofarul (trad.), Aragón, *op. cit.*, p. 149.

<sup>76</sup> *Ibidem*, p. 194.

<sup>77</sup> *Ibid.*, p. 205.

<sup>78</sup> Ambos *Ibid.*, p. 305.

<sup>79</sup> Ambos en Vidal (trad.), Muntaner, *op. cit.*, capítulo 18 p. 48.

<sup>80</sup> *Ibidem*, p. 502.

<sup>81</sup> *Ibid.*, p. 503.

eventos que llevaron a su establecimiento en los ducados de Atenas y Neopatria, aún bajo dominio aragonés cuando Muntaner terminó de escribir su obra.

En las páginas de la *Crónica de Ramón Muntaner* aparecen varios ejemplos de caballeros ordenados formalmente, además de los que ya hemos visto, y se consignan también hechos relacionados con sus hazañas y sucesos, incluyendo eventos de gran significación debido a que encajan completamente en los paradigmas de las novelas de caballería y, si hemos de creer al autor, fueron en su tiempo muy famosos y reconocidos, como la aventura de Pedro III de la que hablaremos más adelante.

Mucho más frecuentes, sin embargo, son los hechos de armas y hazañas de tipo caballeresco protagonizadas por individuos que no se especifica que pertenezcan formalmente a la orden de caballería, incluido el propio Muntaner. Estos hechos estaban mucho más extendidos que los pertenecientes a la categoría anterior, claro reflejo de la merma en el número de caballeros ordenados desde la crónica de Jaime I, tal y como corresponde con el modelo estudiado para la caballería europea posterior al siglo XIII, según hemos constatado en las páginas precedentes.

### 3.4 La *Crónica de Pedro IV*

La *Crónica de Pedro IV* inicia también de forma peculiar, pues se centra en los eventos relativos al abuelo de Pedro IV, su padre y su tío, explicando con ello la situación en la que se encontraba la corona de Aragón durante su juventud, marcada por la lucha de su madrastra por garantizar la primacía de su hijo sobre la del futuro rey. Esta tendencia a la explicación histórica se repite más adelante, cuando pasa a detallar los orígenes de la división de los reinos de Aragón y Mallorca para justificar con ello su actuación en los conflictos siguientes. Pese a todo, la crónica nunca se aleja de la Casa de Aragón, pues el protagonista es en todo momento el propio rey, uno de sus antepasados o alguno de los infantes, quedando así mucho más cercana a la fórmula original del *Libro de los hechos*.

Entre los ejemplos de caballería hallados en dicho documento tienen una notable primacía en detalle aquéllos relacionados con la Casa de Aragón, en los que los hechos de armas de los infantes aparecen con descripciones sucintas, aunque sustancialmente más largas que las que ameritan los eventos del mismo tipo protagonizados por otros individuos. Sigue siendo escasa, sin embargo, la actuación explícita de caballeros formalmente ordenados, pues como ya se ha dicho más arriba, es habitual que se omitan los títulos y que se incluya en el estamento caballeresco a



cualquier miembro de la nobleza que porte armas en combate, incluso si no ha recibido dicho ordenamiento. Pese a todo, existen algunas menciones concretas a ordenamientos caballerescos (como las que hemos visto más arriba) y a otros hechos relevantes protagonizados por caballeros formalmente ordenados que hacen por mostrar el prestigio de la caballería en época de Pedro IV. Pese a todo, tal y como ocurría en la *Crónica de Ramón Muntaner*, la mayor parte de los hechos de armas y acciones y actitudes caballerescas son protagonizadas por individuos que no han sido ordenados formalmente y se incluyen en el estamento de la baja nobleza, encajando más con la idea de Charny que con la de Llul.

### 3.5 Presencia caballeresca en la Casa real y el Consejo Real

Uno de los principales lugares donde puede encontrarse presencia específicamente caballeresca para la concepción aragonesa de la Baja Edad Media es en el Consejo Real, principal órgano permanente de administración del reino, y en la Casa Real. En lo relativo a esta última organización, el propio Pedro IV indicaba en sus *Ordinaciones de la Casa Real de Aragón* que los coperos debían ser siempre dos escuderos<sup>82</sup>, otros dos se encargarían de trincar ante el rey<sup>83</sup>, otros dos escuderos, específicamente de linaje de caballeros, desempeñarían el cargo de sobrecocineros<sup>84</sup>, y otros escuderos estarían encargados de llevar manjares al rey<sup>85</sup>. Asimismo, la función de caballerizos sería desempeñada por dos escuderos de la casa Real<sup>86</sup>, al igual que la de falconero mayor, que correspondería a uno solo<sup>87</sup>. También habría seis escuderos de cámara<sup>88</sup>, cuatro ugers de armas, que debían ser descendientes no armados de caballeros<sup>89</sup>, así como dos alguaciles, que debían ser caballeros<sup>90</sup> y tres de los cinco oidores, que también debían pertenecer a este grupo mientras que los dos restantes debían ser sabios<sup>91</sup>. Esta información nos permite, como mínimo, asegurar que determinados personajes en la *Crónica de Pedro IV* pertenecían al estamento caballeresco o estaban en ese momento sirviendo como escuderos. Tal es el caso de Juan Ferrández de Luna, encargado de traer las viandas al rey, Perico de Moncada, copero del rey, y Blasco de

---

82 *Ordinaciones*, pp. 25-27.

83 *Ibidem*, pp. 40-41.

84 *Ibid.*, pp. 41-41.

85 *Ibid.*, pp. 49-51.

86 *Ibid.*, pp. 53-57.

87 *Ibid.*, pp. 59-61.

88 *Ibid.*, pp. 73-76.

89 *Ibid.*, pp. 98-101.

90 *Ibid.*, pp. 104-109.

91 *Ibid.*, pp. 132-136.

Alagón, que cumple la función de trinchante<sup>92</sup>, todos ellos mencionados durante la ceremonia de coronación del monarca, o el de Ramón de Vilafranca<sup>93</sup>, Ramón Pérez de Pisa y Juan Çabata<sup>94</sup>, así como de Ramón de Vilanova<sup>95</sup>, todos ellos alguaciles y, por tanto, caballeros.

Por otro lado, el Consejo Real contaba con una serie de cargos fijos y otros temporales que cumplían una serie de normas tradicionales que también fueron codificadas por Pedro IV en sus *Ordinaciones de la Casa Real de Aragón*. Dada la naturaleza fluida de su composición, los cargos temporales pueden ser difíciles de rastrear incluso a través de los registros de cancillería, pero el desempeño de los cargos fijos de interés para el estudio de la clase caballeresca aparece bien documentado incluso en las crónicas, pues se trataba de los colaboradores más estrechos del rey y solían permanecer junto a este o en continua comunicación con él.

De acuerdo con lo establecido en las *Ordinaciones de la Casa Real de Aragón* de Pedro IV, dos de los cargos de mayordomo (los menores) y una de las senescalías (nuevamente la menor), así como los dos camarlengos o camareros y dos de los cuatro promovedores de cada reino debían ser desempeñadas específicamente por caballeros, mientras que las dos mayordomías y la senescalía mayores debían ser desempeñadas por nobles y los restantes promovedores debían ser doctores en derecho<sup>96</sup>. Por este motivo resulta sencillo identificar como caballeros a aquéllos que desempeñan la función de camarero, así como aquéllos mayordomos que no pertenecen a un linaje de la alta nobleza y a los promovedores que no sean definidos como doctores en leyes. Sin embargo, la visibilidad de estos últimos, dado el foco militar de las crónicas estudiadas, es prácticamente nula, de modo que sólo se identifican fácilmente camarlengos y mayordomos. También es habitual que los caballeros desempeñen cargos no específicos, siendo el más habitual el de consejero del rey, que habitualmente era utilizado por el monarca para satisfacer los anhelos de representación de los estamentos caballeresco y nobiliario, pero la inconstancia de dicho cargo, unida a la falta de sistematización al consignar los títulos de los individuos, hace que sea de escasa utilidad para el presente estudio, si bien constan algunos individuos reseñables entre sus filas, como el propio Pedro de Jérica<sup>97</sup>.

---

92 Bofarul (trad.), Aragón, *op. cit.*, p. 83.

93 *Ibidem*, p. 171.

94 *Ibid.*, p. 281.

95 *Ibid.*, pp. 319 y 354.

96 Puccini Lecompte, Giovanni, *El Consejo Real de la Corona de Aragón y su evolución a lo largo de la Edad Media*, Trabajo Final de Grado, Universidad de Zaragoza, 2015, pp. 12-26.

97 Bofarul (trad.), Aragón, *op. cit.*, p. 120.

Como hemos dicho, la presencia de los caballeros en el Consejo Real, de la que son ejemplos Nicolás de Tayça<sup>98</sup> y Lope de Gurrea<sup>99</sup>, ambos camareros, o Galcerán de Bellpuig<sup>100</sup>, Ramon de Ruisherch<sup>101</sup> y Pedro Jordán de Urríes<sup>102</sup>, mayordomos, responde al derecho de representación de la pequeña nobleza en las instituciones del reino, así como a la necesidad del monarca de compensar los intereses de los grandes nobles en los asuntos de gobierno por medio de la introducción de estos caballeros, cuya dependencia del monarca era siempre superior a la de la alta nobleza, en el organismo encargado de la toma de la mayor parte de las decisiones de gobierno. Muestra de ello es la alta densidad de caballeros que, como vasallos directos del rey, conformaban una de las secciones más importantes de la Casa Real, a saber, la mesnada real.

### 3.6 La mesnada real y la hueste

Como núcleo de poder inmediato del rey, la mesnada real solía acompañarlo en sus viajes y actuaba en función de sus necesidades desde el establecimiento del sistema feudal, si bien existían ocasiones, como ejemplifican claramente los primeros episodios del *Libro de los hechos*, en la que esta podía actuar en función de sus propios intereses al percibir la debilidad del monarca, como fue el caso con Jaime I debido a su extremada juventud al acceder a la corona. Pese a todo, la mesnada real era la encargada de imponer la autoridad del rey en su entorno inmediato, y eran sus integrantes los que componían la guardia personal del rey. Ya en el caso de Jaime I es muy rara la ocasión en la que aparece sin ir acompañado de al menos un miembro de este contingente, y a menudo podía ir acompañado de decenas de ellos. Como cabe suponer, es aquí donde aparecerán la mayoría de los caballeros referidos en las crónicas, tanto de Muntaner y Pedro IV como de Jaime I, de quien ya hemos hablado, si bien aparecen por lo general en grupo, resultando imposible determinar si se trataba en cada caso de caballeros que habían recibido la orden de caballería o miembros de la nobleza menos que no habían aún sido ordenados formalmente. Así, un ejemplo típico de esta clase de apariciones lo encontramos en la *Crónica de Pedro IV*, donde se lee que “[...] partimos de tal punto, marchando en batallas ordenadas y del modo siguiente: en la delantera iba el infante en Pedro [...]; en otra iba mi señor Miguel Perez Zabata, con cien caballeros de nuestra meznada; y en la retaguardia íbamos Nos [...]”<sup>103</sup>, o en otro pasaje, “[...] ordenamos que se comisionase al noble

---

98 *Ibidem*, p. 96.

99 *Ibid.*, p. 292.

100 *Ibid.*, p. 139.

101 *Ibid.*, p. 284.

102 *Ibid.*, p. 319.

103 *Ibid.*, pp. 140-141.

mosen Arnaldo de Erill para que quedase de gobernador general del reino de Mallorca y de las islas, dejándole de guarnición, entre los de nuestra casa y otros, cien hombres a caballo para guardar la ciudad y la tierra [...] <sup>104</sup>”.

Pese a todo, uno de los aspectos que las crónicas permiten estudiar en cierto grado de detalle es el de la estancia cortesana de algunos de estos caballeros, que siendo confiados al servicio del rey desde jóvenes son criados y educados en el entorno del rey para su posterior servicio en la mesnada. Es el caso de Conrado Lanza o del famoso Roger de Lauria, personaje que alcanzaría a tener, como almirante de Aragón, un protagonismo destacado en la crónica de Muntaner y del que ya hemos visto algunos ejemplos. La historia de Conrado Lanza puede seguirse en varios capítulos en los que alcanza protagonismo, como el 18, 19, o el 31, pero es la figura de Roger de Lauria la que alcanza a convertirse en uno de los protagonistas centrales, sobreviviendo a varios reyes y adquiere tal grado de importancia para el reino que le son dedicados varios capítulos, empezando con el número 18, titulado “Roger de Lauria y Conrado Lanza <sup>105</sup>” y siguiendo con el 76, 81, 82, 83, y muchos más hasta su muerte en el capítulo 248.

En cualquier caso, y pese a la enorme importancia de la mesnada real, sus efectivos, aunque variables, no solían contar más de unas cuantas decenas, por lo que el desarrollo de las guerras descritas en las crónicas recaía sobre tropas convocadas específicamente a tal efecto en calidad de milicias y levadas ordenadas a acudir a la hueste real por orden de los consejos de las villas y ciudades una vez decidida su participación a través de las Cortes. Junto a estas levadas, entre las que se contaban ya algunos profesionales, acudían también los nobles convocados a tal efecto con sus respectivas huestes <sup>106</sup>, cuyos efectivos podían superar en algunos casos el millar de soldados con holgura. Como puede suponerse, entre los miembros de la hueste real aparecen algunos caballeros cuya presencia se refleja en ciertos episodios de las crónicas. Entre ellos hay incluso un porcentaje a los que se aplica el título en sentido estricto o se hace referencia a su ordenamiento, como hemos visto con anterioridad. Aparecen también caballeros extranjeros en calidad de profesionales que acuden por pactos concretos o en calidad de mercenarios, como nos muestra la aparición de mosen Beltrán de Claquín, caballero francés, Hugo de Cavilay, caballero inglés, el conde de Marça y un misterioso personaje denominado únicamente «el caballero verde», que se presentan como líderes de las fuerzas extranjeras que vienen en apoyo del rey durante la Guerra de los dos Pedros <sup>107</sup>. Estas

---

<sup>104</sup> *Ibid.*, p. 157.

<sup>105</sup> Vidal (trad.), Muntaner, *op. cit.*, p. 47.

<sup>106</sup> Un ejemplo de esta clase de distribución puede verse en el caso de Alfonso el Magnánimo, estudiado en Saíz Serrano, Jorge, *Caballeros del Rey. Nobleza y guerra en el reinado de Alfonso el Magnánimo*, Valencia: Universitat de València, 2008.

<sup>107</sup> Bofarul (trad.), Aragón, *op. cit.*, p. 379.

relaciones internacionales eran sorprendentemente frecuentes en el periodo medieval sirviéndonos de muestra, aunque se escape a la cronología de este trabajo, el ejemplo un documento de Fernando I fechado en 1411 en el que envía a un caballero a servir en la corte al rey de Dinamarca y Noruega<sup>108</sup>.

### 3.7 Los ordenamientos caballerescos en las crónicas de Muntaner y Pedro IV

Queda, sin embargo, la cuestión de los ordenamientos caballerescos y los auténticos integrantes de la orden de caballería tal y como la entendía Ramón Llul, quien no olvidemos, sirvió en su juventud como paje de Jaime II de Mallorca, hijo de Jaime I de Aragón y hermano menor de Pedro III el Grande, por lo que si bien no aparece como actor en las crónicas estudiadas, resultaba muy cercano a la ideología imperante en el entorno regio de la Casa de Aragón. Es por este motivo que cabe prestar especial atención a las ceremonias de coronación, y particularmente a la de Alfonso IV, en la que se concentran en ambos documentos (la *Crónica de Ramón Muntaner* y la *Crónica de Pedro IV*) la mayoría de ordenamientos caballerescos.

Las ceremonias de coronación de los reyes de Aragón, en lo que respecta a la caballería, eran una importante ocasión para adquirir el ordenamiento para toda una generación de aspirantes a la orden de caballería en el territorio de la corona. Desafortunadamente, aunque estas ceremonias aparecen descritas en diversas fuentes que utilizaremos para hacernos a una idea de la magnitud de estos eventos y de su impacto para la caballería entendida como orden formal, la mayoría de las veces son escuetas y centradas en el rey y la propia ceremonia de coronación, siendo la notable excepción la de Alfonso IV. Una posible explicación a este fenómeno es que los ordenamientos que habitualmente pudieran darse por estos eventos sucedieran como parte de los festejos por la coronación y no como parte de la ceremonia de coronación en sí, hecho que parece encajar con la excepción que supone Alfonso IV, quien según el relato de Muntaner<sup>109</sup> habría convertido dichos ordenamientos en parte de la propia ceremonia.

En cualquier caso, la principal fuente para el estudio de estos eventos, al margen de las dos crónicas estudiadas, son las *Coronaciones de los Serenissimos Reyes de Aragón*<sup>110</sup>, de Jerónimo de Blancas y Tomás, aunque también nos apoyaremos en las *Gestas de los Reyes de Aragón*<sup>111</sup> de

---

108 Fernando [I], infante de Castilla, Archivo de la Corona de Aragón, COLECCIONES, Autógrafos, I, 5, F.

109 Vidal (trad.), Muntaner, *op. cit.*, cap 296-297 pp. 614-627.

110 Blancas, *op. cit.*

111 Canellas López, Ángel (ed.), Zurita, Jerónimo, *Índices de las gestas de los Reyes de Aragón desde comienzos del reinado al año 1410 compuestos por Jerónimo Zurita, Cronista de dicho reino*, Zaragoza: Institución Fernando el Católico, 1984.

Jerónimo Zurita para algún caso puntual. De acuerdo con este conjunto documental, no hay datos relativos a las ordenaciones caballerescas durante las coronaciones de Pedro III, Jaime II o Pedro IV. Encontramos, sin embargo, que Alfonso III el Liberal fue armado caballero durante su coronación<sup>112</sup> por su propia mano<sup>113</sup>, y disponemos, como ya se ha dicho, de multitud de datos sobre la coronación de Alfonso IV el Benigno. Según Muntaner, este decidió armarse caballero para su coronación<sup>114</sup> y al mismo tiempo se ordenaron varios caballeros más<sup>115</sup>. Pedro IV indica que su padre ordenó a dieciocho caballeros y luego cada uno de estos ordenó a otros nueve<sup>116</sup>. En cualquier caso, de acuerdo con Muntaner, se observa el ceremonial completo incluyendo la vela de armas<sup>117</sup>, si bien Pedro IV no ofrece datos tan específicos.

### 3.8 Hechos de armas y aventuras caballerescas

El último elemento a considerar en el análisis que nos ocupa es, precisamente, el más evocador y uno de los que aparecen peor descritos, como ya se ha adelantado. Hablamos de los hechos de armas y las aventuras caballerescas, que en la mayoría de los casos se reducen a simples constataciones dadas de forma parca y poco detallada, marca de estilo que se remonta al propio *Libro de los hechos*. La excepción viene de la mano de Muntaner, que expande las descripciones de algunas de estas actuaciones (en particular las tocantes a la Casa de Aragón y a sí mismo), alcanzando un cierto aire novelesco que puede hacer dudar en algunos puntos de la veracidad de los hechos, especialmente al comparar las cifras de bajas de los combates, si bien dejan constancia de la percepción que podía tenerse en aquéllos tiempos de este tipo de acontecimientos.

En cualquier caso, de entre las dos categorías los hechos de armas son la forma más frecuente en la que se registran estos eventos, si bien en la mayoría de los casos suelen reducirse a poco más de una línea, especialmente en la *Crónica de Pedro IV* (por ejemplo, los hechos de armas de frey Guillermo de Guimerá, que se reducen a un grito de batalla y un listado de bajas<sup>118</sup>, o la captura de los defensores de una torre por Artal de Foces, que se explica en explicar la situación de la torre, pero sólo explica de la lucha el resultado<sup>119</sup>, o los hechos de armas de Hugo, vizconde de Cardona y Montesquiú y sus caballeros, de los que sólo se dice que “apoderáronse de un barrio á

---

112 Blancas, *op. cit.*, p. 21.

113 Canellas (ed.), Zurita, *op. cit.*, volumen 1, p. 288.

114 Vidal (trad.), Muntaner, *op. cit.*, cap. 294 p. 611.

115 *Ibid.*, cap. 296-297 pp. 614-627.

116 Bofarull (trad.), Aragón, *op. cit.*, pp. 51-56 y 61-62.

117 Vidal (trad.), Muntaner, *op. cit.*, cap. 297 pp. 619-622.

118 Bofarull (trad.), Aragón, *op. cit.*, p. 181.

119 *Ibidem*, pp. 199-200.

fuerza de armas y causaron gran daño á los que lo defendían<sup>120</sup>”, o los hechos de Lope de Luna, que tienen un poco más de detalle al explicar que el noble prendió personalmente al infante en Fernando, que fue herido en la cara<sup>121</sup>, etc.) y únicamente en las circunstancias ya citadas y algunos casos especiales podemos encontrar más detalles de estos sucesos, por lo demás numerosos. De entre los ejemplos más detallados, y por parte de ambas crónicas, tenemos la narración de las acciones en batalla de Alfonso IV, por aquél entonces aún infante, durante la conquista de Cerdeña<sup>122</sup>, pero existen otros ejemplos numerosos en Muntaner como el de la lucha de Pedro III al encontrarse con varios enemigos en compañía de una escolta reducida, según se explica en el capítulo 134, llamado el “Combate de la Virgen de Agosto” y en el que se describe en detalle la manera de combatir del rey<sup>123</sup>, o el relato de un caballero llamado Don Eixemenis d'Arteda, que defendió la torre de Ull con tanta bravura que don Estaxe, gobernador de Navarra por el rey de Francia, ordenó que fuese capturado vivo para evitar que se perdiera tal ejemplo de caballería<sup>124</sup>.

Las aventuras caballerescas son mucho más escasas (y suelen incluir también hechos de armas), pero algunas de ellas relatan eventos absolutamente memorables, como fue el caso de la aventura de Pedro III al acordar un desafío por combate singular con la casa de Francia y, al saber por parte del senescal del rey inglés, que actuaba como mediador, que quedaba excusado del mismo dado que el campo no era seguro, pues el rey de Francia le esperaba con un ejército, el rey de Aragón decidió acudir en secreto al mismo para hacer constar su presencia en el lugar y momento acordados frente a la no comparecencia de su rival, el rey Carlos, que esperaba junto al ejército de su hermano<sup>125</sup>. Otros ejemplos de este tipo de actuaciones incluyen aventuras del propio Muntaner, como el socorro prestado a varios escuderos atrapados en una torre<sup>126</sup>, o de otros personajes, pero aparecen también algunos en la *Crónica de Pedro IV* que dejan traslucir el peso de los valores caballerescos. Un ejemplo es el caso de Pedro de Ejérica (el mismo que escoltó a la madrastra del rey y una vez hechas las paces con este sirvió en su consejo durante varios años, como hemos mencionado antes) que al considerar que el rey de Mallorca falta a su honor al decir que éste no le cumplió ciertos juramentos (que el propio Pedro dice no haber hecho), responde desafiando a cualquiera que de la razón a dicho rey, tras lo cual desafía al propio rey y, en definitiva, acude al

120 *Ibid.*, IV pp. 207-208.

121 *Ibid.*, IV p. 280.

122 Vidal (trad.), Muntaner, *op. cit.*, cap. 275 p 572 y Pedro IV pp. 48-49.

123 *Ibidem*, pp. 293-294.

124 *Ibid.*, cap 111 p. 233 .

125 Estos eventos se narran en Vidal (trad.), Muntaner, *op. cit.*, cap. 87-91, pp. 177-193.

126 Vidal (trad.), Muntaner, *op. cit.*, cap. 224, pp. 454-455.

campo acordado en disposición de lucha solo para descubrir que sus contendientes no han comparecido<sup>127</sup>.

## Conclusiones

Hechos de armas y aventuras caballerescas jalonan las dos crónicas estudiadas, ilustrando la importancia del combate y la aplicación de las virtudes antedichas en la cultura caballeresca. Del mismo modo, los juegos y ejercicios mencionados en los momentos de paz completan la imagen del caballero marcial que se dedica de continuo a la práctica de su arte. También la habitual preocupación por la honra que se muestra en varios momentos de ambos escritos, como es el caso de la preocupación de Pedro IV por el menoscabo que podría sufrir su honra como monarca de permitir que le coronase el arzobispo<sup>128</sup>, sirven de ejemplo para demostrar el alcance de las ideas caballerescas, que permeaban la totalidad del ámbito medieval aragonés, según hemos intentado demostrar en estas páginas.

Como hemos visto a lo largo del presente escrito, los diversos eventos que fueron formando la idea de la caballería en el ámbito europeo encuentran un claro reflejo en circunstancias reales del entorno aragonés, alejadas de las categorías intelectuales en las que se encuadrarían esta clase de procesos desde el punto de vista sociológico o historiográfico. Es esta capacidad de concreción lo que da validez al estudio de obras como el *Libro de los hechos*, la *Crónica de Ramón Muntaner* o la *Crónica de Pedro IV* a la luz de procesos tan abstractos como el de la formación del ideal caballeresco.

En definitiva, podemos concluir que el ideal caballeresco, tanto en su vertiente más formal, representada por las teorías de Ramón Llull, como en la más habitual y desenfadada visión que va de la mano de las ideas defendidas por Godofredo de Charny, encontró en el Aragón medieval un amplio grado de difusión, empapando toda la cultura cortesana y guerrera y reflejando fielmente los avatares a los que se veía sujeto dicho concepto en el ámbito europeo. Aún a pesar de las diferencias ya señaladas y que, *a priori*, podían haber supuesto una importante desviación con respecto al desarrollo de la ideología caballeresca en el resto del continente, la fuerza del ideal caballeresco prevaleció por encima de estas diferencias debido al prestigio con el que se le asociaba, la adecuación con la que se desenvolvía ante los ámbitos sociales y políticos que definirían la vida en la Edad Media y, por qué no, el puro carisma romántico que se desprendía de las historias

---

127 Bofarull (trad.), Aragón, *op. cit.*, pp. 229-232.

128 *Ibidem*, pp. 80-82.



encuadradas en esta particular forma de ver el mundo.

El panorama de Aragón en la Plena y Baja Edad Media es un claro reflejo de la evolución del ideal de la caballería, y da muestras de todo tipo que sirven para ilustrar estos procesos en diversos ámbitos. Si bien en estas páginas nos hemos centrado en los aspectos ideológicos y sociales, existe una gran cantidad de documentación que puede aprovecharse para hacer lo mismo en otros ámbitos, como por ejemplo el económico, existiendo ya un gran ejemplo de ello en trabajos como los del profesor Mario Lafuente Gómez al respecto de la Guerra de los dos Pedros<sup>129</sup> o la ya citada obra de Jorge Saíz Serrano<sup>130</sup>. Así pues, la Corona de Aragón representa un territorio muy favorable para el estudio de este tema, tanto en contextos específicos, siendo caso de estas obras, como para visiones de tipo más general, sirviendo de ejemplo este mismo texto.

---

129 Lafuente Gómez, Mario, *Dos Coronas en guerra. Aragón y Castilla (1356-1366)*, Zaragoza: Grupo de investigación consolidado CEMA, 2012.

130 Saíz Serrano, *op. cit.*

## **Bibliografía**

- Blancas y Tomás, Jerónimo de. *Coronaciones de los Serenissimos Reyes de Aragón*. Zaragoza: Edición Facsímile. 2006.
- Bofarul, Antonio de (trad.). Aragón, Pedro IV de. *Crónica de Pedro IV*. Barcelona: Imprenta de Alberto Frexas. 1850.
- Butiña Jiménez, Julia (trad.). Aragón, Jaime I de. *Libro de los hechos*. Madrid: Gredos. 2003.
- Canellas López, Ángel (ed.). Zurita, Jerónimo. *Índices de las gestas de los Reyes de Aragón desde comienzos del reinado al año 1410 compuestos por Jerónimo Zurita, Cronista de dicho reino*. Zaragoza: Institución Fernando el Católico. 1984.
- Crouch, David. *The English Aristocracy 1070-1272. A Social Transformation*. Londres: Yale University Press. 2011.
- Cuenca, Luis Alberto de (trad.). Llul, Ramón. *Libro de la orden de caballería*. Madrid: Alianza. 1986.
- Duby, Georges. *Los tres órdenes o lo imaginario del feudalismo*. Madrid: Taurus. 1992.
- Given-Wilson, Chris. *The English Nobility in the Late Middle Ages: The Fourteenth-Century Political Community*. Londres: Routledge & Kegan Paul. 1987.
- Gonzáles, Godofredo (trad.). Flori, Jean. *Caballeros y caballería en la Edad Media*. Barcelona: Paidós Ibérica. 2001.
- Hilton, R. H. (ed.). *Peasants, Knights and Heretics*. Cambridge: Cambridge University Press. 1976.
- Huizinga, Johan. *El otoño de la Edad Media*. Madrid: Alianza. 2010.
- Kaeuper, Richard W. *War, Justice and Public Order. England and France in the Later Middle Ages*. New York: Oxford University Press. 1988.
- Lafuente Gómez, Mario. *Dos Coronas en guerra. Aragón y Castilla (1356-1366)*. Zaragoza: Grupo de investigación consolidado CEMA, 2012.
- Lorenzo Criado, Emilio (ed.). *Cantar de los Nibelungos*. Madrid: Cátedra. 1994.
- Miranda, Fermín (trad.). Morsel, Joseph. *La aristocracia medieval. El dominio social en Occidente (siglos V-XV)*. Valencia: Publicacions de la Universitat de València. 2008.
- Navarro Espinach, Germán. *Art de Velluters. El privilegio del rey Fernando el Católico [Valencia, 13 de Octubre de 1479]*. Valencia: Colegio del Arte Mayor de la Seda. 2017.
- Peiró, M. (impresor). *Ordinaciones de la Casa Real de Aragon, compiladas en Lemosín por su Rey Don Pedro IV, y Traducidas al castellano de orden del Príncipe D. Carlos... por el protonotario de aquel reino D. Miguel Clemente*. Zaragoza: 1853.

- Riquer, Elvira e Isabel de (trads.). Keen, Maurice. *La caballería*. Barcelona: Ariel. 1986.
- Rodríguez-Velasco, Jesús D. *Ciudadanía, soberanía monárquica y caballería. Poética del orden de caballería*. Madrid: Akal. 2009.
- Saíz Serrano, Jorge. *Caballeros del Rey. Nobleza y guerra en el reinado de Alfonso el Magnánimo*. Valencia: Universitat de València. 2008.
- Vidal Jove, J. F. (trad.). Muntaner, Ramón. *Crónica de Ramón Muntaner*. Madrid: Alianza. 1970.
- Puccini Lecompte, Giovanni. *El Consejo Real de la Corona de Aragón y su evolución a lo largo de la Edad Media*. Trabajo Final de Grado. Universidad de Zaragoza. 2015.
- Salguero Ruíz, Iker. *La ficción caballeresca. El orden de caballería en la literatura medieval (Siglos XII-XIV)*. Trabajo Final de Grado. Universidad de Zaragoza. 2016.

### **Documentación inédita**

- Fernando [I], infante de Castilla, Archivo de la Corona de Aragón, COLECCIONES, Autógrafos, I, 5, F.
- Del Rey a Andreu Guiter (procurador de Jaime II de Mallorca ?). Le manifiesta que a causa del proceso contra Jaime de Mallorca ha decidido apoderarse de sus feudos y les ordena que le presten homenaje, Archivo de la Corona de Aragón, CANCELLERÍA, Cartas Reales, Pedro III [IV], 2497.

